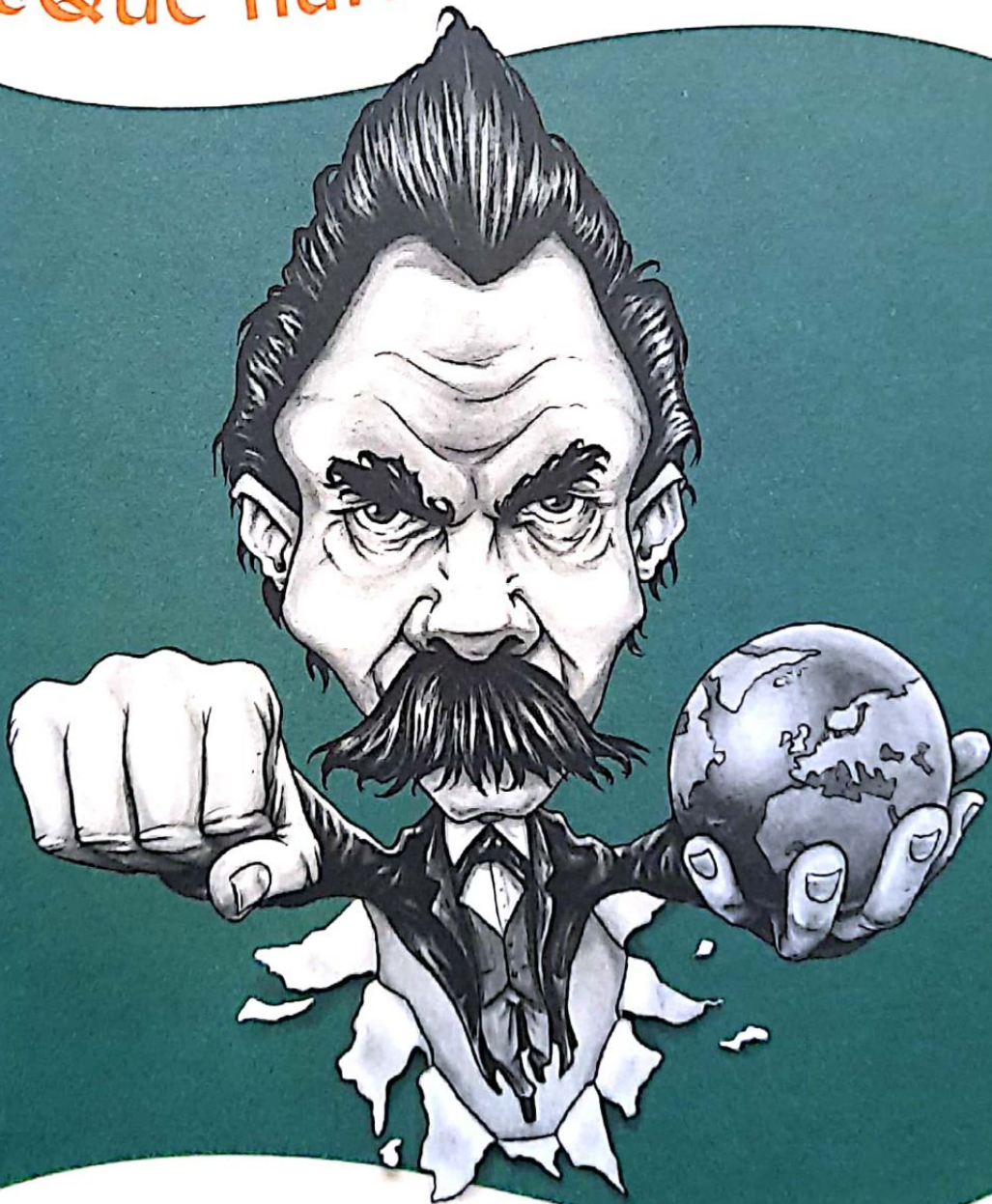


Marcus Weeks

¿Qué haría Nietzsche...?



Cómo los grandes filósofos
resolverían tus problemas cotidianos

LAROUSSE

Configurado con originales tramas en torno a las más grandes (y las más fútiles) vivencias cotidianas y los dilemas que se nos presentan, tales como:

- La pareja de mi amiga se la está pegando: ¿se lo cuento?
- Mantengo una batalla silenciosa con mi pareja sobre la temperatura del termostato
- Acabo de descubrir que mi padre no es mi padre
- Atropellé al perro de la vecina para esquivar a otro coche... ¿Debería sentirme culpable?
- Mi chico pierde mucho tiempo jugando a videojuegos o en las redes sociales
- ¿Es aceptable perjudicar a otros cuando opto a un importante ascenso?
- ¿Cómo puede ser que me harte a trabajar y no llegue a fin de mes mientras otros se forran sin dar golpe?
- ¿Es aceptable creer en la homeopatía?
- ¿Me ayudarían las drogas a entender la vida, el universo y toda la pesca?
- Si Dios hubiera querido que fuéramos vegetarianos, ¿habría creado animales comestibles?
- ¿Qué debo hacer para ser uno de los buenos?
- ¿Por qué la gente se toma todo tan en serio? Solo quiero pasar un buen rato
- Mi familia quiere ir de acampada, pero a mí nada me da más pereza que esa «llamada de la naturaleza»
- Mi cantante favorito ha sido condenado por violencia doméstica. ¿Borro todas sus canciones de mi smartphone?
- Estoy harto de que me digan lo que tengo que pensar
- ¿Por qué los políticos nunca responden con auténtica franqueza?

¿Qué haría Nietzsche...?

Marcus Weeks

Introducción

Todos necesitamos un consejo de vez en cuando. La vida tiene la costumbre de presentarnos dilemas, algunos serios, otros triviales, que requieren un poco de reflexión y posiblemente algo de orientación. Y en lo que se refiere a resolver problemas, no hay nadie tan capaz como los grandes filósofos. Lo malo es que al estar tan gravemente preocupados por los grandes temas —la vida, el universo y el todo—, apenas nos dejaron los efectos beneficiosos de su sabiduría sobre las pequeñas cosas, los problemas cotidianos.

Así pues, no podemos estar completamente seguros de las respuestas que les hubieran dado los filósofos, pero sí podemos hacernos una idea aproximada de cómo hubiera encarado los problemas cada pensador. De eso trata este libro: de qué habrían aconsejado los grandes filósofos (no solo Nietzsche, aunque sus opiniones planean sobre muchos temas) al afrontar los problemas prácticos en las relaciones personales, el trabajo, los estilos de vida, el ocio y la política del mundo actual. Son cuestiones como las que se plantean entre amigos o en familia, o como las que se envían al consultorio de una revista.

No, estos problemas no son específicamente «filosóficos» pero sí, como casi todo, pueden ser abordados de un modo filosófico. Podría ser que algunos filósofos emplearan la cuestión como trampolín para lanzarse a nadar en aguas más profundas, explorando las implicaciones más recónditas del dilema, y que muchos de ellos la enlazaran con sus propias ideas y teorías.

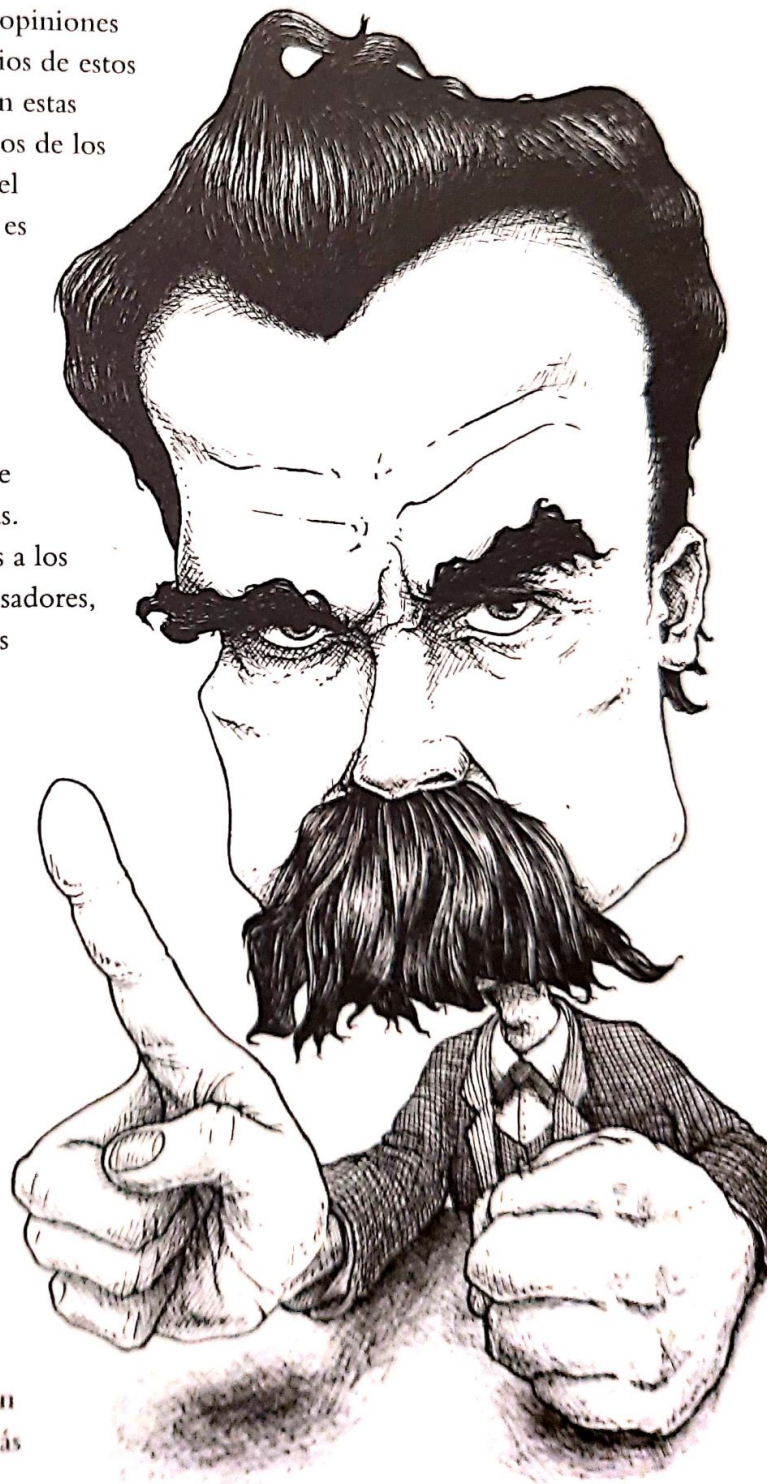
Con frecuencia, no hay una única solución al problema, y puede que varios filósofos

ofrezcan consejos opuestos, reflejando así la a menudo contradictoria naturaleza de la filosofía. Las actitudes diversas de los filósofos ante estos problemas no solo muestran el abanico de opciones a la hora de tomar una decisión, sino que ofrecen una reveladora imagen de las distintas aproximaciones a los problemas filosóficos. Algunos pensadores están más interesados que otros en ciertas áreas de la filosofía, como la ética o la lógica, de modo que unos aparecen más que otros en las diferentes secciones del libro. Marx, por ejemplo, es un candidato más probable a expresar su opinión sobre política que Kant, y Descartes está menos interesado en la estética que Aristóteles. Unos cuantos, no obstante, participan con regularidad en todas las discusiones: los atenienses Sócrates, Platón y Aristóteles, por ejemplo, suelen tener algo que decir sobre cualquier tema. En el caso de otros pensadores, lo notable es su ausencia: será porque en los temas tratados su filosofía no es tan relevante... O porque, como es notorio, ¡no caben todos!

Introducción

Tal reunión de autoridades nos permitirá descubrir una variada gama de opiniones y disfrutar de vivos debates. Varios de estos sabios son verdaderas estrellas en estas discusiones y representan algunos de los principales hilos conductores del pensamiento filosófico. Pero ni es este un manual de filosofía, ni pretende resumirla, sino que se limita a presentar algunas de sus ideas en su aplicación a los problemas del día a día.

También podrás comprobar que la filosofía es algo más que ideas. Y mientras le vas dando vueltas a los argumentos de los diversos pensadores, también conocerás trazos de sus propios caracteres: del intencionadamente irritante Sócrates, el idealista Platón y el prosaico Aristóteles al taimado Maquiavelo, el cara de palo Kant, el gruñón Schopenhauer, el iconoclasta Nietzsche y muchos más. Algunos despertarán tu afecto, y sentirás sus consejos bien cercanos; otros te resultarán menos atractivos. También puede ocurrir que disfrutes con el intercambio de puntos de vista sin tomar partido por una postura concreta, o que te persuadan unos argumentos aun cuando el personaje te caiga más bien gordo. Todo eso también es filosofía.



Estilos de vida

Página 74: No quiero acabar viejo y decrepito. Dadme una pastilla, y se acabó

Página 79: ¿Es aceptable creer en la homeopatía?

Página 83: Me han robado el smartphone y me preocupa que suplanten mi identidad

Página 87:
¿Me ayudarían las drogas a entender la vida, el universo y toda la pesca?



Página 91: Si Dios hubiera querido que fuéramos vegetarianos, ¿habría creado animales comestibles?

Página 96: ¿Coche deportivo o familiar?

Página 100: Tuve una infancia difícil, ¿vale? Si soy un pozo de maldad, no es culpa mía

Página 104: ¿Qué debo hacer para ser uno de los buenos?

Página 108: Con todo lo que ocurre en el mundo, ¿cómo voy a creer en Dios?

Página 112: Me aterra morir. ¿Es normal?

Capítulo 3

Tuve una infancia difícil, ¿vale? Si soy un pozo de maldad, no es culpa mía

Aristóteles • Boecio • Nietzsche • Sócrates • Bentham

Algunos entran con mal pie en la vida. Sin dinero, en un barrio en el que los niños aprenden a pelear y a robar, una educación pobre y luego sin perspectivas para un trabajo decente. La vida en el hogar, si existe, es todavía peor: abusos, violencia y relaciones rotas. No es de extrañar que acabaras en la senda de la delincuencia y del comportamiento agresivo. ¿Pero tenía que ser así? ¿No podías haber escogido otro camino en la vida a pesar de los antecedentes?

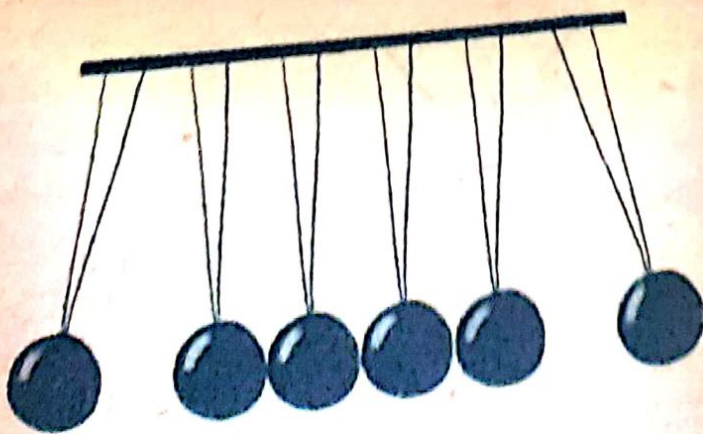
En este caso, se diría que juegas a dos juegos a la hora de explicar las razones para tu comportamiento. Primero buscas la comprensión, lo que es lícito, dado el escenario de fondo, y luego juegas a echarle la culpa a los demás, lo que tal vez sea más difícil de justificar. Hay una diferencia entre encontrar razones y fabricar excusas, y aunque seas capaz de señalar las causas de tu comportamiento, el argumento que te exonera de toda responsabilidad no es tan convincente, ¿no crees?

Aristóteles diría que todo lo que pasa en el mundo ocurre por una razón. Hay una

causa para ello. Ahora bien, también explicaría que cuando habla de causas no se refiere simplemente a que cuando pasa una cosa eso hace que otra cosa pase, como empujar una ficha de dominó y hacer que caiga sobre otra que cae sobre otra, etcétera. Es solamente un aspecto. En lugar de eso dice que la causa de algo es la contestación a la pregunta «¿Por qué?». ¿Qué hace que esto ocurra? Y él sugeriría que hay cuatro clases diferentes de respuesta a esta pregunta.

Causa y efecto

Primero está lo que Aristóteles llamaría la «causa material», de lo que está hecha una cosa. En tu caso, tu causa material son esa compleja combinación de sustancias orgánicas que llamamos ser humano, eres quien eres por lo que eres, un ser humano. La siguiente es la «causa formal», el cómo se reúne todo el material. La idea subyacente es que la causa formal hace de algo lo que lo has hecho. Luego está la «causa eficiente» que es el sentido que mucha gente atribuye para la palabra «causa». Se refiere a la causa



Cada acción tiene un efecto en cadena.

Tuve una infancia difícil, ¿vale? Si soy un pozo de maldad, no es culpa mía

Aristóteles • Boecio • Nietzsche • Sócrates • Bentham

Algunos entran con mal pie en la vida. Sin dinero, en un barrio en el que los niños aprenden a pelear y a robar, una educación pobre y luego sin perspectivas para un trabajo decente. La vida en el hogar, si existe, es todavía peor: abusos, violencia y relaciones rotas. No es de extrañar que acabaras en la senda de la delincuencia y del comportamiento agresivo. ¿Pero tenía que ser así? ¿No podías haber escogido otro camino en la vida, a pesar de los antecedentes?

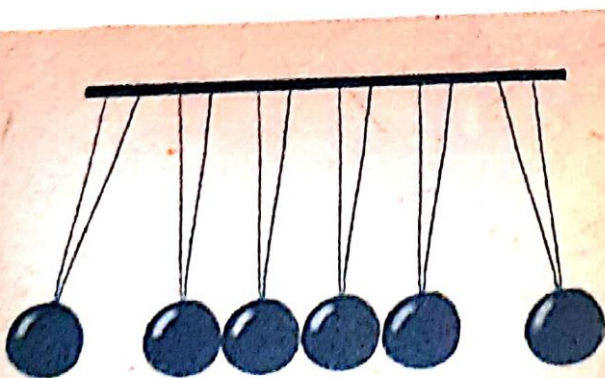
En este caso, se diría que juegas a dos juegos a la hora de explicar las razones para tu comportamiento. Primero buscas la comprensión, lo que es lícito, dado el escenario de fondo, y luego juegas a echarle la culpa a los demás, lo que tal vez sea más difícil de justificar. Hay una diferencia entre encontrar razones y fabricar excusas, y aunque seas capaz de señalar las causas de tu comportamiento, el argumento que te exonera de toda responsabilidad no es tan convincente, ¿no crees?

Aristóteles diría que todo lo que pasa en el mundo ocurre por una razón. Hay una

causa para ello. Ahora bien, también explicaría que cuando habla de causas no se refiere simplemente a que cuando pasa una cosa eso hace que otra cosa pase, como empujar una ficha de dominó y hacer que caiga sobre otra que cae sobre otra, etcétera. Es solamente un aspecto. En lugar de eso, dice que la causa de algo es la contestación a la pregunta «¿Por qué?». ¿Qué hace que esto ocurra? Y él sugeriría que hay cuatro clases diferentes de respuesta a esta pregunta.

Causa y efecto

Primero está lo que Aristóteles llamaría la «causa material», de lo que está hecha una cosa. En tu caso, tu causa material será esa compleja combinación de sustancias orgánicas que llamamos ser humano: eres quien eres por lo que eres, un ser humano. La siguiente es la «causa formal», el cómo se reúne todo el material. La idea subyacente es que la causa formal hace de algo lo que es: en tu caso, el hecho de haber crecido como lo has hecho. Luego está la «causa eficiente», que es el sentido que mucha gente utiliza para la palabra «causa». Se refiere a la causa



Cada acción tiene un efecto en cadena.

Tuve una infancia difícil, ¿vale? Si soy un pozo de maldad, no es culpa mía

Aristóteles • Boecio • Nietzsche • Sócrates • Bentham

Algunos entran con mal pie en la vida. Sin dinero, en un barrio en el que los niños aprenden a pelear y a robar, una educación pobre y luego sin perspectivas para un trabajo decente. La vida en el hogar, si existe, es todavía peor: abusos, violencia y relaciones rotas. No es de extrañar que acabaras en la senda de la delincuencia y del comportamiento agresivo. ¿Pero tenía que ser así? ¿No podías haber escogido otro camino en la vida, a pesar de los antecedentes?

En este caso, se diría que juegas a dos juegos a la hora de explicar las razones para tu comportamiento. Primero buscas la comprensión, lo que es lícito, dado el escenario de fondo, y luego juegas a echarle la culpa a los demás, lo que tal vez sea más difícil de justificar. Hay una diferencia entre encontrar razones y fabricar excusas, y aunque seas capaz de señalar las causas de tu comportamiento, el argumento que te exonera de toda responsabilidad no es tan convincente, ¿no crees?

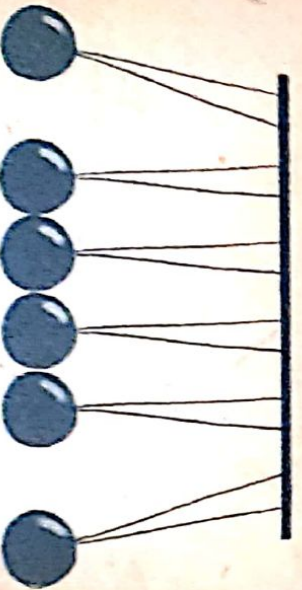
Aristóteles diría que todo lo que pasa en el mundo ocurre por una razón. Hay una

causa para ello. Ahora bien, también

explicaría que cuando habla de causas no se refiere simplemente a que cuando pasa una cosa eso hace que otra cosa pase, como empujar una ficha de dominó y hacer que caiga sobre otra que cae sobre otra, etcétera. Es solamente un aspecto. En lugar de eso, dice que la causa de algo es la contestación a la pregunta «¿Por qué?». ¿Qué hace que esto ocurra? Y él sugeriría que hay cuatro clases diferentes de respuesta a esta pregunta.

Causa y efecto

Primero está lo que Aristóteles llamaría la «causa material», de lo que está hecha una cosa. En tu caso, tu causa material será esa compleja combinación de sustancias orgánicas que llamamos ser humano: eres quien eres por lo que eres, un ser humano. La siguiente es la «causa formal», el cómo se reúne todo el material. La idea subyacente es que la causa formal hace de algo lo que es: en tu caso, el hecho de haber crecido como lo has hecho. Luego está la «causa eficiente», que es el sentido que mucha gente utiliza para la palabra «causa». Se refiere a la causa

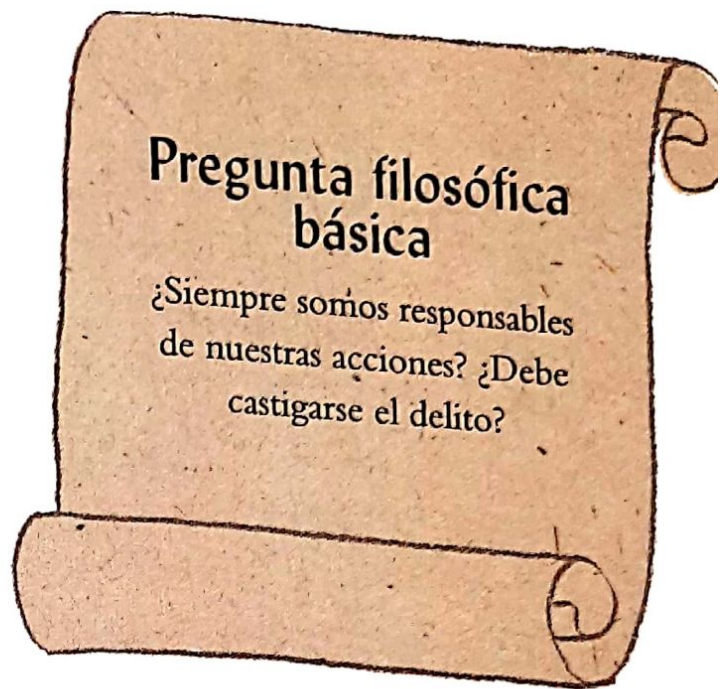


Cada acción tiene un efecto en cadena.

externa de algo, lo que hace que las cosas ocurran o se comporten de una cierta manera, como la primera ficha de dominó que hace que la segunda caiga. En tu caso puede ser que alguien, al hacer que tu vaso cayera, haya provocado que le rompieras la nariz de un puñetazo. La última causa, a la que Aristóteles llama muy apropiadamente la «causa final», vendría a ser el propósito para que algo exista. La «causa final» de una silla es ser algo en lo que puedes sentarte, por ejemplo. Pero para ti la causa final es lo que te lleva a hacer lo que haces, los motivos o deseos.

Con esto en la cabeza, sigue diciendo Aristóteles, recuerda que cada acción, todo lo que ocurre, está causado por algo. Y puede ser la casualidad, o puede estar conectado con los casos que describió, como naturaleza, compulsión, hábito, razonamiento, rabia o apetito. Sea lo que sea lo que lo causa, ocurre como resultado de algo más. Pero aquí tenemos un problema porque, sea lo que sea, tiene que ser a su vez el resultado de algo, y acabamos con una cadena infinita de sucesos, en la que cada uno causa el siguiente. Es inevitable. Ocurra lo que ocurra, está determinado por lo que había pasado antes.

Así que tienes el derecho de echarle la culpa a la infancia por tus delitos, y la última responsabilidad recae en lo que fuera que



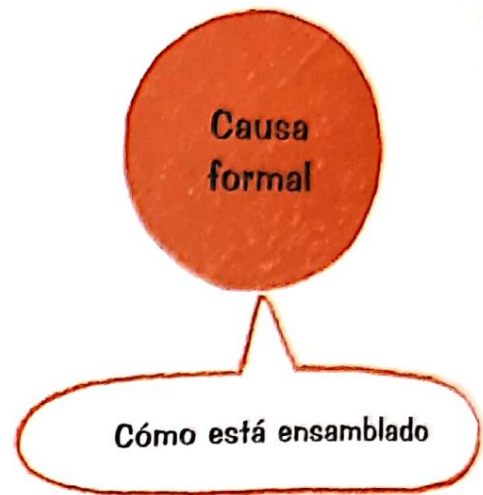
originó el inicio de esta infinita cadena de sucesos. ¿El Big Bang? ¿Dios?

Pero Aristóteles no está cómodo con la idea de infinitud, y especialmente no lo está con la idea de que cualquier cosa que hagamos está determinada por algo que había ocurrido antes. De esta manera puedes negar cualquier responsabilidad en tus acciones. En lugar de esto, sugeriría, nosotros los humanos tenemos el lujo de disponer de la posibilidad de elegir, así que hasta cierto punto podemos huir de ser «causados» de hacer algo, y también podemos hacer, conscientemente, que las cosas ocurran.

Algunos filósofos dirían que la última parte del argumento de Aristóteles es en cierto modo una renuncia, sin mucha justificación, solamente porque no le gustaba la idea del *determinismo causal*, de que todo está predeterminado por acontecimientos previos. Y si

«Todas las acciones humanas responden a una o más de estas siete causas: oportunidad, naturaleza, compulsión, hábito, razón, pasión y deseo»

Aristóteles



crees esto, tienes que aceptar que no controlamos ninguna de nuestras acciones.

Por fortuna, **Boecio** puede ofrecernos una respuesta que elabora la afirmación más bien débil de Aristóteles en el sentido de que podemos optar por algo. Si nuestras acciones están predestinadas, diría Boecio, parte del problema, en especial en tu caso, es que entonces no tenemos responsabilidad sobre ellas y no merecemos que se nos castigue si hacemos algo mal. Lo que ocurre en realidad, dice, es que Dios (la primera causa) preordena todo lo que ocurre, pero también, en su sabiduría, nos ha dado el libre albedrío. Esto parece imposible, pero Boecio explicaría que, como todo está predestinado, Dios sabe lo que vamos a hacer. También puede prever nuestras acciones libremente escogidas.

Esto está muy bien si crees en Dios, diría **Friedrich Nietzsche**. Pero no hay Dios, estamos en condiciones de determinar

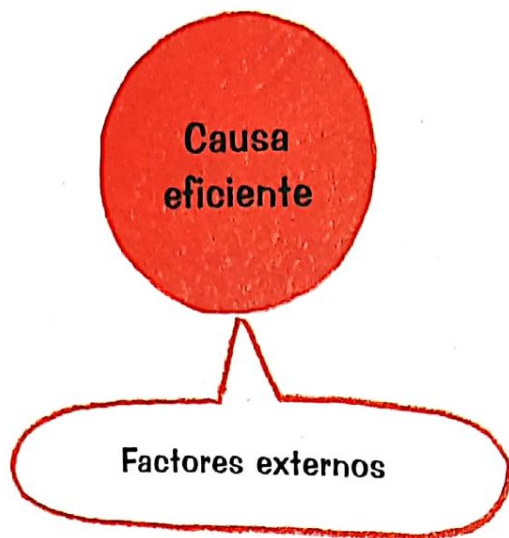
nuestras propias acciones, y en la elección de nuestro comportamiento podemos modelar nuestros propios destinos. No debemos dejar que ni la sociedad, ni la procedencia, ni el pasado determinen quiénes somos o lo que hacemos. Tenemos que superar lo que el pasado ha hecho de nosotros, y decidir por nosotros lo que podemos ser. ¡Tenemos que superarnos! Y eso, añadiría, implica no utilizar la infancia como excusa. Afronta las consecuencias, y luego sigue y haz algo con tu vida.

En cualquier caso, la ley no está interesada en el problema de la predestinación y del libre albedrío. Podrías solicitar alguna reducción de sentencia por circunstancias atenuantes, pero la ley no te permite descargar las culpas. Y eso implica que te enfrentarás a algún tipo de castigo. Tú has cometido el crimen y tú cumples la pena.

Que sea lo que hay que hacer es discutible, según **Sócrates**. Él se había encontrado al otro

«La virtud es todo lo que uno tiene de verdad, porque no la ponen en peligro las vicisitudes de la fortuna»

Boecio



lado de la ley en unas cuantas ocasiones y llegó a la conclusión de que hacer una fechoría es un castigo por sí mismo, por el daño que provoca al alma. La única utilidad del castigo podría darse si el criminal se entregara para que le castigaran con el fin de purgar el alma. De hecho, Sócrates sugiere que quienes aplican los castigos también dañan sus almas, y en mayor grado que el propio criminal.

Podría pensarse que nadie respaldaría estos argumentos, aparte de los criminales, pero **Jeremy Bentham** se muestra de acuerdo. Diría que Sócrates tiene razón al sugerir que el castigo es una maldad, pero tal vez

necesaria en algunos casos, porque hay diferentes razones para imponer castigos: por ejemplo, como pena merecida, o como disuasión —tanto para el criminal, contra los delitos repetidos, como para otros—, o como un impacto para devolver al malhechor a sus cabales. También podría ser sencillamente para apartar a un sentenciado de la sociedad en favor de la seguridad de las personas. Pero en lugar de castigo, según Bentham, deberíamos apuntar a reducir el crimen, lo que requiere alguna reforma y rehabilitación del condenado. En tu caso, implicaría aprender a ver el error en tus actos.

Toma una decisión

Si quieres echarle la culpa de tu mal comportamiento a la educación que has recibido, Aristóteles te apoyará hasta cierto punto, pero sin dejarte impune. Puedes pensar, como Boecio, que tus acciones están predeterminadas (pero incluso él dice que tienes libre albedrío), o coincidir con Nietzsche en que debes superar el pasado. Si deberían castigarte o no es otro asunto, pero tal vez serías del parecer de Sócrates y Bentham, quienes no piensan que el castigo sea necesariamente la solución al delito.

¿Qué debo hacer para ser uno de los buenos?

Platón • Aristóteles • Maquiavelo • Nietzsche

Llámame cursi, pero me gustaría ser uno de los chicos buenos que salen en las viejas películas de Hollywood. Ya sabes, los papeles de Gary Cooper o de James Stewart, esos que resisten a todo y demuestran que los forzudos no siempre tienen razón. Esos que al final siempre se salvan y todo el mundo quiere. Y la chica también, por cierto. Pero no porque sea una conquista más, qué va. Verdadero amor. En serio, me gustaría ser uno de los buenos. Pero no es fácil saber lo que debo hacer.

Es una pena que la vida no sea como en las películas. Pero ya lo has dejado claro: esos papeles encarnan lo que admiras y quieres emularlos. ¿Por qué? ¿Crees que eres una mala persona? Se diría que intentas portarte bien, pero que no estás seguro de conseguirlo. Por lo menos, no lo haces tan bien como esos personajes a lo Gregory Peck: son poco creíbles, pero lo tienen muy claro. Quizá los filósofos puedan darte un par de orientaciones.

Y en cualquier debate sobre qué es ser bueno, los antiguos griegos mandan. Los dos expertos éticos de siempre, **Platón** y su amigo y rival **Aristóteles**, representan dos posiciones divergentes en el debate. Dejemos que primero nos ilumine el mayor, Platón. Explicaría que se trata de la naturaleza de la virtud, la idea que integra lo que es moral-

mente bueno. Si quieres ser bueno, tienes que saber lo que es la virtud. En este caso, conocer es la clave. Porque, aunque no puedas ser bueno y hacer el bien a menos que sepas lo que es la virtud, una vez que lo sepas no podrás hacer más que cosas buenas. En este sentido, sugeriría Platón, el conocimiento es virtud: no puedes hacer cosas malas conscientemente, porque si tienes conciencia de lo que es bueno, sabes por qué es bueno, y ese ser bueno es bueno para ti y para todos los demás, y así actuarás virtuosamente. Para saber lo que es la virtud, tienes que entender lo que significa. Es algo parecido a la perfección, así que no podrás encontrar ejemplos en el mundo que te rodea, porque nada en él es perfecto. Así que la virtud es un ideal, una idea en la que solo podemos pensar y solamente existe en el mundo de las ideas.

¿Qué debo hacer para ser uno de los buenos?

Platón • Aristóteles • Maquiavelo • Nietzsche

Llámame cursi, pero me gustaría ser uno de los chicos buenos que salen en las viejas películas de Hollywood. Ya sabes, los papeles de Gary Cooper o de James Stewart, esos que resisten a todo y demuestran que los forzados no siempre tienen razón. Esos que al final siempre se salvan y todo el mundo quiere. Y la chica también, por cierto. Pero no porque sea una conquista más, qué va. Verdadero amor. En serio, me gustaría ser uno de los buenos. Pero no es fácil saber lo que debo hacer.

Es una pena que la vida no sea como en las películas. Pero ya lo has dejado claro: esos papeles encarnan lo que admiras y quieres emularlos. ¿Por qué? ¿Crees que eres una mala persona? Se diría que intentas portarte bien, pero que no estás seguro de conseguirlo. Por lo menos, no lo haces tan bien como esos personajes a lo Gregory Peck: son poco creíbles, pero lo tienen muy claro. Quizá los filósofos puedan darte un par de orientaciones.

Y en cualquier debate sobre qué es ser bueno, los antiguos griegos mandan. Los dos expertos éticos de siempre, **Platón** y su amigo y rival **Aristóteles**, representan dos posiciones divergentes en el debate. Dejemos que primero nos ilumine el mayor, Platón. Explicaría que se trata de la naturaleza de la virtud, la idea que integra lo que es moral-

mente bueno. Si quieres ser bueno, tienes que saber lo que es la virtud. En este caso, conocer es la clave. Porque, aunque no puedas ser bueno y hacer el bien a menos que sepas lo que es la virtud, una vez que lo sepas no podrás hacer más que cosas buenas. En este sentido, sugeriría Platón, el conocimiento es virtud: no puedes hacer cosas malas conscientemente, porque si tienes conciencia de lo que es bueno, sabes por qué es bueno, y ese ser bueno es bueno para ti y para todos los demás, y así actuarás virtuosamente. Para saber lo que es la virtud, tienes que entender lo que significa. Es algo parecido a la perfección, así que no podrás encontrar ejemplos en el mundo que te rodea, porque nada en él es perfecto. Así que la virtud es un ideal, una idea en la que solo podemos pensar y solamente existe en el mundo de las ideas.

«La excelencia moral es resultado del hábito. Nos volvemos justos realizando actos de justicia; templados, realizando actos de templanza; valientes, realizando actos de valentía»

Aristóteles

«Los hombres nunca hacen el bien a menos
que la necesidad los obligue»

Nicolás Maquiavelo

Para comprenderla y llegar a saber lo que es en realidad, debes utilizar tu poder de razonamiento. Si consigues concebir la idea de la virtud, estás en el buen camino para convertirte en uno de los buenos. Pero ni siquiera entonces encajarás por completo con el concepto de ser exactamente bueno, porque este tipo de perfección solo existe en el mundo de las ideas. Los buenos son los que han entendido lo que la virtud significa, y quienes utilizan el razonamiento para entender el mundo de las ideas son los filósofos. Así que ya sabes: si quieres ser un buen chico, aprende algo de filosofía. Los filósofos son los buenos chicos de verdad.

Aristóteles no acepta nada de todo esto sobre el mundo de las ideas. Argüiría que si quieres saber lo que es un buen chico no tienes que sentarte a pensarlo, sino que tienes que mirar a tu alrededor. Sabemos lo que es cualquier cosa viendo los ejemplos que hay en el mundo, no en nuestras cabezas. Sabes lo que son los perros, ¿verdad? Será porque has visto un montón, así que conoces las características que conforman a un perro: cuatro patas, cola que se mueve, ladra un poco, lealtad y amor incondicionales, ese tipo de cosas... Con los buenos chicos pasa lo mismo. No tienes que tener una idea en la cabeza sobre lo que es el perfecto buen chico: lo que haces es mirar a los buenos chicos que conoces e identificas las cosas que hacen y que los distinguen: virtudes como la justicia, la valentía, la tolerancia, la generosidad. Y entonces te formas una imagen de lo que es en realidad ser un buen chico.

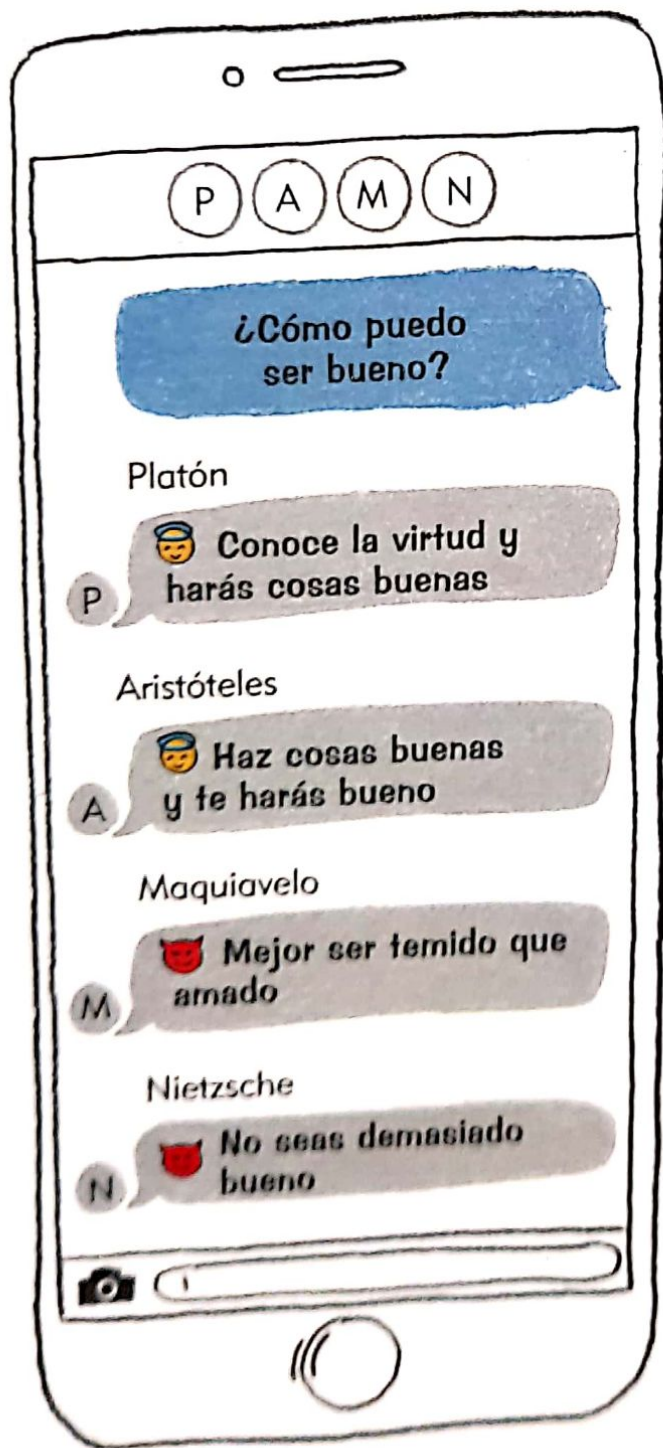
Luego también comprenderás, continúa diciendo, que todas esas personas se han convertido en buenos chicos haciendo cosas buenas. Y tú puedes hacer lo mismo. Puedes aprender a ser un buen chico observando y luego imitando lo que hace la buena gente, lo que tú y todos los demás reconocéis como ejemplos de buen comportamiento. Así conseguirás ser uno de los buenos.

Para nada bueno

Ahora que ya han hablado los dos atenienses es el turno de alguien que sin duda hará que reflexiones sobre ese deseo de convertirte en uno de los buenos, **Nicolás Maquiavelo**. Él te preguntaría directamente por qué demonios ibas a querer ser uno de los buenos. ¿No quieres hacer algo en el mundo? Todo este jaleo de la virtud no va a llevarte a ningún lado. A tu vida personal le irá muy bien, diría, pero si quieres hacer algo importante, olvídalo. Los que hacen cosas

Pregunta filosófica básica

¿Cómo podemos saber lo que significa ser bueno? ¿La bondad es algo innato, o puedes aprender a ser bueno?



importantes no son los buenos chicos, sino los que están preparados para olvidar su propia moralidad, para hacer lo que debe hacerse. Y al final también pueden conseguir cosas buenas: el fin justifica los medios. Crees que esos personajes tan espirituales de las películas son admirables, ¿verdad? Así que quieres ser un buen chico, y que te admiren, y ser popular. Bien, pues te vas a llevar un chasco, porque ganar amigos no te dará influencia. Maquiavelo te hablaría de muchas personas que acudían a él en busca de consejo (políticos, mercaderes, ese tipo de gente) y que le preguntaban si es mejor que te amen o que te teman. La respuesta que les daba es que lo mejor es ser amado y temido, ambas cosas, pero si hay que elegir resulta más seguro que te teman.

El buen chico contra Superman

Friedrich Nietzsche tampoco estaría contento con la idea de la virtud. Se preguntaría si las cosas que se nos dice que son virtuosas, generalmente por parte de la religión, pueden ser descritas como buenas en absoluto. ¿Qué tiene de bueno ser humilde y débil? Es la moral de un pueblo oprimido, de los esclavos. Y si somos

*«¡Ved a los buenos y los justos!
¿A quién es al que más odian? Al que rompe
sus tablas de valores, al quebrantador, al infractor:
pero ese es el creador»
Friedrich Nietzsche*

«Si la virtud es el único bien, no puede haber razón contra la crueldad y la injusticia, ya que, como los estoicos nunca se cansan de apuntar, la crueldad y la injusticia permiten al sufriente las mejores oportunidades para el ejercicio de la virtud»

Bertrand Russell

honestos, eso nos hace flojos. No puedes llamarlo «bueno». Si en lugar de ser sumisos y moderados como virtuosos consideráramos las virtudes de la fuerza, del poder y de la habilidad, de ser buenos en las cosas, en conseguir cosas, entonces revisaríamos nuestras opiniones sobre quiénes son los buenos chicos. ¿El remilgado de Clark Kent? No: Superman.

Piensa en por qué ibas a querer ser un buen chico. ¿Es porque querías sentirte mejor contigo mismo, o porque quieres que los demás te admiren? Son motivos bastante dudosos, y de esta manera no vas a convertirte en uno de los buenos chicos (porque no es bueno simplemente querer estar libre de culpa o querer ser admirado), sino que solo parecerás uno de los buenos chicos.

Si de todos modos estás decidido a ser uno de los buenos chicos para gustarle a la gente, ten presente el consejo de Nietzsche: «Quien desee dar un buen ejemplo, debe añadir a su virtud un grano de locura; entonces se imita y se eleva uno al mismo tiempo por encima de lo que imita, que es lo que le gusta a los hombres».

Por tanto, no seas demasiado bueno, que así no te ganarás amigos.

Toma una decisión

Puedes abordarlo de diferentes maneras: por ejemplo, siguiendo el método de Platón de pensar en el chico ideal que querrías ser, o en el método de Aristóteles para emular las cosas buenas que las personas hacen. O puedes preguntarte primero, como Maquiavelo o Nietzsche, por qué quieres ser un buen chico, y revisar lo que eso quiere decir en realidad.

Con todo lo que ocurre en el mundo, ¿cómo voy a creer en Dios?

Epicuro • Hume • Boecio • Aristóteles • Platón • San Anselmo • Kant
Russell • Feuerbach • Marx • Nietzsche • Pascal

Cada vez que lees el diario o pones las noticias hablan de guerra, terrorismo y crímenes. El mundo está lleno de personas que cometen actos terribles contra otras personas. Y mientras los refugiados arriesgan la vida para huir de los conflictos, otros se aprovechan de su miseria. Pero no se trata solo de lo que nos hacemos unos a otros. También están los desastres naturales, como la sequía, las hambrunas y los terremotos, o enfermedades terribles que matan a inocentes día tras día. Tienes que preguntártelo: ¿Cómo un Dios benevolente puede permitir que esto ocurra?

No serías el primero en plantear esta pregunta. Ni mucho menos. El mundo siempre ha sido un lugar peligroso en el que vivir y muchos sufren y mueren antes de tiempo y en absoluta inocencia. Sería sorprendente que alguno de ellos no se hubiera preguntado por qué un Dios que se suponía tan bueno los había abandonado. La idea ya estaba presente cuando los primeros filósofos empezaron a hacer preguntas molestas en la antigua Grecia, pero antes de que se planteara la cuestión abiertamente pasó mucho tiempo. Tal vez temieran que se los acusara de impiedad.

El filósofo que se atrevió fue **Epicuro**, el mismo que dio su nombre al epicureísmo, la filosofía de la vida que busca el placer y evita el dolor. También goza del crédito de formular el problema de Dios y el mal en la forma de un acertijo, la paradoja epicúrea. Se planteaba aproximadamente así: se supone que Dios es omnipotente y benevolente, pero en el mundo se da el mal. ¿Dios quiere evitar ese mal, pero no es capaz de hacerlo?

Entonces no puede ser omnipotente. ¿Dios es capaz de evitar ese mal, pero no quiere? Entonces no es benevolente. Y si realmente es omnipotente y benevolente, ¿de dónde procede todo este mal?

Aunque no da una respuesta precisa a tu pregunta, está muy claro lo que Epicuro pensaba sobre la existencia de un Dios omnipotente y bueno. Si un Dios como ese existiera, se infiere, entonces no existiría mal ninguno. Pero el mal existe, eso es patente, así que Él no existe. Y resulta difícil refutar esta línea de razonamiento. Así, unos dos mil años más tarde, **David Hume**, el escéptico escocés, dijo en sus *Diálogos sobre la religión natural* (1779) que «las viejas preguntas de Epicuro siguen sin respuesta».

Pero antes de que saques la conclusión de que este es un argumento sólido contra la existencia de Dios, debes tener presente que los filósofos con una línea convincente de argumentos a favor de esa existencia también son muchos. No es de sorprender que la mayoría pertenezcan a las religiones

monoteístas principales, como el judaísmo, el islam y especialmente el cristianismo. Uno de los primeros filósofos cristianos, **Boecio**, incluso se ocupa del «problema del mal» planteado por la paradoja de Epicuro. Reconocería tu observación de que hay mal en el mundo. Pero eso no quiere decir que no haya un Dios omnipotente y benevolente. Dios existe, y es bueno, pero en su sabiduría utilizó su poder para proveer a los humanos de libre albedrío. Y como no somos perfectos (como es Él), vamos por el mundo haciendo el mal.

Y todo este pecado tampoco puede quedar impune, así que hemos hecho que caigan sobre nosotros las plagas y las pestes y todos los demás horrores. El razonamiento se hace un poco tortuoso si preguntas sobre el sufrimiento de gente inocente e incluso de los buenos chicos, pero los cristianos clasificarían esto como un castigo por el «pecado original» que todos hemos heredado.

Pruébalo

Si esta refutación del problema del mal no te ha convencido, no eres la única persona que piensa así. Incluso algunos creyentes también consideran que tiene fallos. Por esta razón, en lugar de contradecir el argumento han comparecido con sus propias maneras de demostrar la existencia de Dios. Los

Pregunta filosófica básica

¿Puede haber un Dios benevolente si existe el mal en el mundo?
¿Podemos probar la existencia o inexistencia de Dios? ¿No es esta una cuestión de fe más que un argumento racional?

argumentos que se presentan son muchos, pero la mayoría no son más que variaciones de tres líneas principales de razonamiento. Uno es el conocido como «argumento cosmológico». Es muy antiguo, pues se remonta a los primeros filósofos griegos, pero fue **Aristóteles** quien le dio respetabilidad. Este era un hombre metódico y sistemático a quien le gustaba pensar que las cosas pasaban de una manera ordenada. Habría explicado que nada ocurre o se crea de la nada: tiene que haber una causa. Y si algo es causado por alguna otra cosa, tiene que haber una causa para esta otra cosa. Si tomas todas las cosas del universo, todas han surgido a través de una cadena de causas y efectos que puedes remontar, al menos en teoría. Finalmente, según este argumento, llegarías a esta primera causa, una causa no causada, que es el origen

*«No sin razón uno de tus propios seguidores preguntaba:
“Si Dios existe, ¿por qué existen las cosas malas?
Si no existe, ¿por qué existen las buenas?”»*

Boecio



del cosmos. Y esta primera causa, creadora del universo, es Dios.

¿No te ha parecido satisfactorio este argumento? A un buen número de filósofos, tampoco. Ente ellos Hume, que tenía un problema a la hora de asumir que solo porque algo pasa después de otra cosa, necesariamente es causado por esta. Incluso si aceptamos que todo tiene una causa, ¿no es un poco dar un salto argüir que Dios es una causa no causada? Pero y si algo causó al creador del universo, ¿qué causó esto y... Así caeríamos en lo que los filósofos llaman *regreso infinito*, y eso no va a contestar ninguna pregunta.

Hay otro argumento basado en la idea de la creación que tal vez encuentres más atractivo. A veces se le conoce como «argumento del diseño» o *argumento teleológico* (del griego *telos*, que significa propósito o plan). Lo introdujo **Platón** y lo adoptaron los filósofos romanos, y más recientemente los cristianos creacionistas (pero no dejes que esto influya en tu juicio). En pocas palabras, Platón y sus seguidores te dirían que miraras al mundo de tu alrededor y que te maravillaras por cómo todo se corresponde a la perfección con su entorno y, lo que es más, sirve a un propósito

en relación con otras cosas. Esto no podría haber sucedido por una sucesión aleatoria de acontecimientos. Hay un diseño obvio para cada cosa en el cosmos, un plan deliberado. Y como esto es una evidencia de un *diseño inteligente*, tiene que tener un diseñador, Dios.

¿No te ha convencido? Entonces tal vez prefieras el argumento que **san Anselmo** (1033-1109) expuso. Por medio del *argumento ontológico* (de *ontología*, la rama de la filosofía que se ocupa de la naturaleza del ser), Anselmo te pediría que imaginaras al ser más perfecto posible. El único elemento de perfección que le faltaría a este ser es la existencia: solo existe en tu mente. De manera, dice, que no es el ser más perfecto posible, porque uno que sí existiera sería más perfecto. La definición de Dios de Anselmo es «aquél del que nada más grande puede ser pensado», y para ser el ser mayor que pueda concebirse tiene que tener el atributo de la existencia. Así que Dios tiene que existir.

Una cuestión de fe

Naturalmente, filósofos posteriores se han esforzado en demoler estos argumentos, y hasta cierto punto lo consiguieron, pero en **Immanuel Kant** encontrarás una valoración más madurada y constructiva. La respuesta agnóstica, si quieres. Tras un examen cuidadoso, dijo, verás que ninguno de estos argumentos tiene profundidad lógica. Harías mucho mejor en dejar de intentar probar la existencia de Dios, porque si Dios existe, está más allá de nuestros poderes de comprensión, y es una cuestión de fe, creas en Él o no, no un argumento racional. A esta visión se apuntaba **Bertrand Russell**, que observa,

«Cuando digo que no puedo probar que no existe Dios, debería añadir también que no puedo probar que no existen los dioses homéricos»
Bertrand Russell

también, que no tiene demasiado sentido intentar probar la no-existencia de algo. Te diría que cree que una tetera invisible está orbitando el sol, y te invitaría a demostrar que se equivoca. La irónica religión pastafari se basa en un argumento similar para la existencia del Monstruo de Espagueti Volador (ver página 82).

Eso no detiene a los filósofos ateos, que quieren dar a conocer sus visiones, como han hecho desde el siglo XIX en adelante. Muchos de ellos están de acuerdo con **Ludwig Feuerbach** (1804-1872) en que Dios es una invención humana, una proyección de todas nuestras esperanzas y miedos. **Karl Marx** incluso desechaba la religión como un síntoma de una sociedad enferma, en lugar de un consuelo —y de una solución todavía menos— para nuestras aflicciones. Pero **Friedrich Nietzsche** la tenía tomada con Dios, y esta vez era algo personal. Su padre

era un pastor luterano, y el joven Friedrich era un creyente devoto hasta que Nietzsche senior cayó enfermo y murió muy lentamente y con mucho dolor. A continuación, la respuesta de Nietzsche fue simple y directa: Dios es muerte. Y nosotros lo asesinamos. No puede haber un Dios perfectamente bueno. Es más, seríamos tontos si siguiéramos basando nuestra moralidad, nuestras ideas sobre lo que es bueno, en ese concepto.

Mientras vas asimilando este último planteamiento, tal vez te gustaría reflexionar sobre un pensamiento de **Blaise Pascal** (1623-1662). Piensa en esto como la apuesta de Pascal, con tu vida como prenda. Si Dios existe, y tú crees en Él, ganarás el cielo eterno, o algo igual de bueno. Si Dios existe y no crees en Él, te enfrentas a la condena eterna. Claro está, si no existe tampoco ganarás nada, te espere lo que te espere. ¿Cuál es la mejor opción para ti?

Toma una decisión

De momento, eres uno de los dubitativos, como Epicuro y Hume, que ve una desconexión entre un Dios omnipotente y benevolente y el estado del mundo. Puedes encontrar algún alivio en los argumentos de los creyentes, como Aristóteles, Platón y san Anselmo. O puedes pensar que Kant y Russell acertaban al decir que no había una prueba real que demostrara ni que dejara de demostrar la existencia de Dios. Aunque si tu fe está muy perjudicada, encontrarás buena compañía entre Feuerbach, Marx y Nietzsche.

Me aterra morir. ¿Es normal?

Buda • Sócrates • Platón • Zhuangzi • Epicuro • Schopenhauer • Camus

Aceptar la propia muerte no es fácil. Es el segundo hecho más importante en tu vida, después del nacimiento. Cada uno de nosotros tiene que experimentarla tarde o temprano, pero como nadie sobrevive para explicártela, sigue mostrándose como la gran desconocida de nuestras vidas. Quizá sea este el motivo de tu aprensión. ¿Es realmente algo que debas temer? En cualquier caso, si el miedo a morir estropea tus posibilidades de obtener placer de la vida, tal vez debas encontrar una manera de superarlo.

Muchos se vuelven hacia la religión, más que hacia la filosofía, para encontrar seguridad ante la muerte. Dicen que en las trincheras no hay ateos. La mayoría de religiones nos aseguran que tenemos almas inmortales, que sobreviven a nuestro cuerpo físico, que la muerte no es el final, sino una etapa en el viaje hacia la vida eterna. Pero si te adhieres a cualquiera de las religiones mayoritarias, pronto comprobarás que las condiciones son múltiples. Y que, lejos de calmar tu aprensión, es más probable que despierten en ti el temor de Dios. Por decirlo en pocas palabras, la mayoría te diría que si

has sido bueno no hay nada de qué preocuparse, pero que si has cedido a la tentación... Bueno, mejor ni pensarlo.

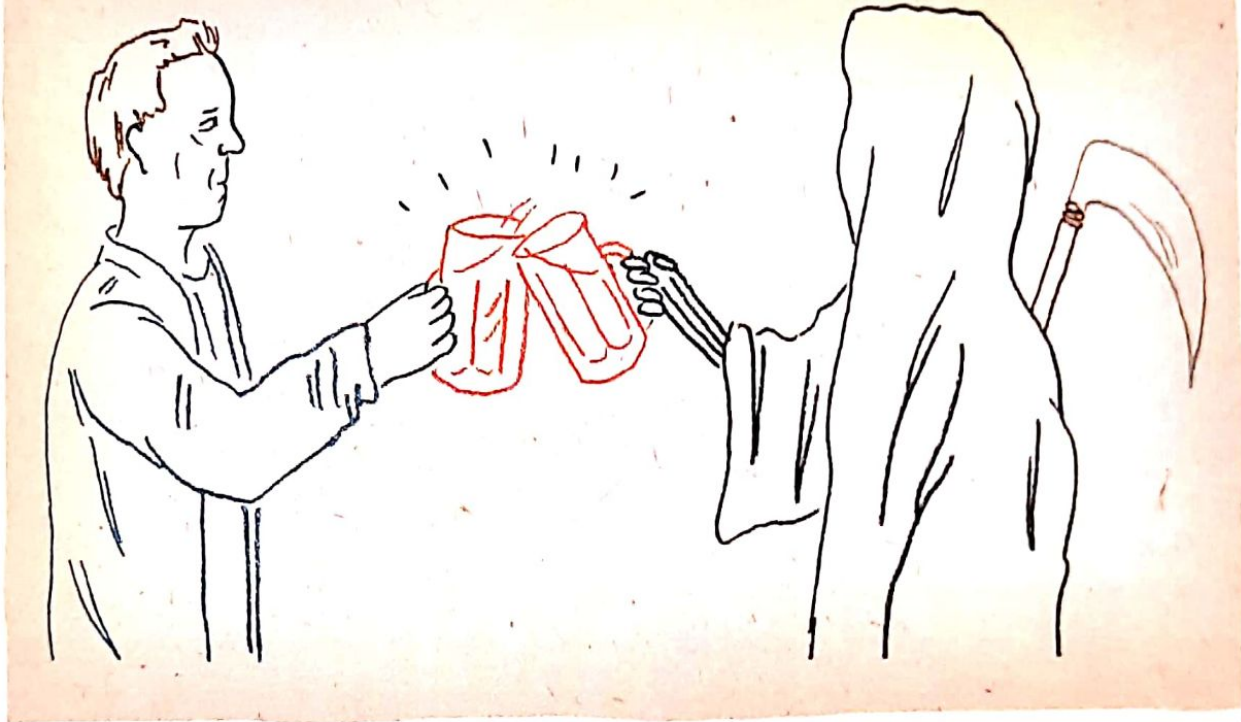
Para la mayoría de nosotros no hay mucho consuelo, por tanto. La idea de que cuando mueres obtienes lo que te mereces está muy arraigada en casi todas las culturas, pero algunos filósofos han intentado suavizarlo. **Buda** (quien más que un líder religioso era un filósofo, si te paras a pensarlo) fue educado para creer en un ciclo constante de muerte y renacimiento, pero si consigues gestionar bien una de estas vidas, decía, verás la luz. Que pronto se extinguirá, porque entrarás en un estado de *nirvana*, de no-ser, un final para toda vida y muerte. Tal vez no lo encuentres tranquilizador, pero al menos con el budismo tienes otra oportunidad si fallas en la vida.

No tan mal

Sócrates abordaba el asunto de la muerte de un modo mucho más pragmático. Había estado incordiando a los peces gordos atenienses preguntándoles esto y lo otro, y había acabado acusado de impiedad y de corromper a los jóvenes. En lugar de ceder y

Pregunta filosófica básica

¿Es posible superar nuestro miedo innato a la muerte? ¿Cómo podemos encontrarle sentido a nuestra mortalidad?



callar, declaró: «Para un humano, una vida sin examen no merece ser vivida», y se suicidó bebiendo cicuta. Así, aunque está claro que hubiera preferido seguir con sus preguntas inconvenientes, no tenía miedo a poner fin a todo eso. ¿Qué consejo hubiera ofrecido sobre el temor a la muerte, entonces? Bien, él te habría dicho que no sabía si había otra vida o no. Pero sea como fuere, el de la muerte le parecía un buen estado: si crees lo que la gente dice, y si además has sido virtuoso, irás a un sitio mejor, en donde vivirás cómoda y eternamente. Y si resulta que no hay otra vida, por lo menos tendrás la satisfacción de haberlo hecho bien en esta y te habrás ganado un largo descanso.

Y con este mensaje esperanzado, Sócrates levantó su copa de cicuta en un brindis de despedida a sus amigos. Entre ellos se encontraba **Platón**, quien recogía con fidelidad los pensamientos del anciano y estaba, naturalmente, muy afectado por su muerte. Tanto es así que tal vez sea mejor que no le hagas consultas sobre tus miedos. Por lo visto, no le llegó el mensaje de su mentor sobre vivir una buena vida y, llegado el momento, dirigirse con alegría a la siguiente. En lugar de eso, Platón (quien no era famoso por su sentido del humor) tendía a demorarse en la cuestión de la muerte, y mantenía que a una persona pensante tenía que preocuparle y debía meditar sobre

*«Mantén un buen ánimo acerca de la muerte,
y haz tuya esta verdad: que nada malo le puede pasar
a un hombre bueno, ni en vida ni después de morir»
Sócrates en la Apología de Sócrates, de Platón*

ella. Tu preocupación inicial era esta, ¿verdad?

Sin embargo, el hecho de no saber tal vez sea la causa de tu ansiedad. **Zhuangzi** te podría ayudar a superar el miedo a lo desconocido. Te explicaría esa anécdota de cuando había visto una calavera junto al camino y había dicho lo mucho que sentía que esa persona hubiera muerto. La calavera le había respondido: «¿Y tú cómo sabes que es malo estar muerto?». Y si estás asustado por morir, más que por lo que sucede después, Zhuangzi te diría que no es más que una transformación de materia, de un estado a otro, similar a la de otras etapas de la vida.

En cierto modo, **Epicuro** seguiría por este camino. ¿Quieres saber lo que ocurre cuando morimos? Los átomos que formaban tu cuerpo se dispersan y se conforman como otra cosa, en algún otro lugar del universo. Y, según él, eso es todo. No más vida, no más conciencia. Nada. Punto. Es de agradecer, no tiene por qué asustarte. La muerte es un fin para nuestros cuerpos y conciencias, así que también lo es para nuestros dolores y miedos. No tienes por qué preocuparte sobre la muerte, porque mientras estés vivo la muerte no existe para tí, mientras que cuando la muerte llega, no existes tú. Esto no quiere decir que diera la bienvenida a la muerte, sino más bien lo contrario. A diferencia de sus contemporáneos estoicos, quienes hablaban

sin cesar de la muerte como algo heroico y honorable, él pensaba que morir, el fin absoluto de nuestro ser, es lo peor que puede pasarnos. Pero ¿y estar muerto? Eso no es nada.

El significado de la muerte

Quien en principio parecería el menos indicado para ofrecerte consuelo, **Arthur Schopenhauer**, a veces ofrece algunas migajas de consuelo sobre la muerte, aunque siempre con su estilo descarnado. En su opinión, la vida no la forma más que una serie larga y absurda de sufrimientos, así que su alternativa no tiene por qué ser peor. De todos modos, ¿por qué iba a preocuparte lo que ocurra después de tu muerte? ¿No será lo mismo que antes de que existieras? Ya has pasado una eternidad sin existir, así que no debería suponerte ningún terror. Límitate a dejar de especular con el asunto y, en vez de eso, asume los pesares de la vida.

O no. El problema de pensar sobre la vida es que acabarás enfrentándote a tu propia mortalidad otra vez, a la comprensión de que existes de verdad, de que dejarás de existir. Esta *crisis existencial*, como los modernos existencialistas franceses la llamaban, es un pensamiento serio. O tal vez sea divertido. Y tal vez terrorífico, sí. En respuesta a tu pregunta inicial: sí, es muy normal estar asustado por morir. Pero también estar asustado por vivir. Porque tienes que

«No hay mal que sea honorable; pero la muerte es honorable, así que la muerte no es mala»

Zenón de Citio, citado por Séneca el Joven

«Y así la muerte, el peor de los males, no es nada para nosotros, pues vemos que cuando somos la muerte no ha venido, y que cuando ha venido, no somos»

Epicuro

preguntar: ¿cuál es el sentido de la vida? No, más bien: ¿tiene algún sentido, la vida? **Albert Camus** (1913-1960), que justo ocupa el segundo lugar después de Schopenhauer en el concurso de filósofo más fúnebre de todos los tiempos, te advertiría de que intentar encontrarle un sentido a tu mortalidad es inútil, lo mismo que encontrarle sentido a la vida. Has nacido, vives, mueres. Eso es todo. No tiene sentido, es verdad, así que también podrías superar ese miedo a morir y pensar en acabar ahora mismo. Así no tendrás que enfrentarte más a ese miedo o angustia. Si te parece algo nihilista (y seamos sinceros, lo es), él te diría que suicidarse es en realidad escabullirse, pero ahora que lo has considerado, te has enfrentado a tu miedo a la muerte. Y ahora que lo has hecho, ¿no sería mejor seguir con la vida, pero aceptando que no tiene sentido, o que incluso es una broma de mal gusto? Para demostrarlo, la vida del propio Camus como filósofo, futbolista y novelista ganador del premio Nobel acabó de manera absurda en un accidente de automóvil cuando se subió al de un amigo y tiró el billete de tren que acababa de comprar. Es la vida.

Toma una decisión

Mucha gente tiene miedo a morir, pero los filósofos pueden ofrecer algún consuelo. La idea de Sócrates de que vamos a un lugar mejor, o por lo menos la noción planteada por Epicuro, Buda o Schopenhauer de que representará un final para nuestro sufrimiento. Pero si sigues dándole vueltas a los pensamientos sobre la muerte y el morir, tal como creía Platón que tienes que hacer, puedes acabar coincidiendo con Camus en que esto te ayudará a aceptar la absurdidad de la vida.

Política

Página 148: Estoy harto de que me digan lo que tengo que pensar

Página 153: ¿Por qué no me decido a quién votar?

Página 158: ¿Por qué los políticos nunca responden con auténtica franqueza?

Página 162: Estoy intentando echar adelante un negocio, pero las normativas, la burocracia y las tasas lo hacen casi imposible



Página 166: ¿Puedo creerme las predicciones de los llamados «expertos»?

Página 170: Estos gobernantes me están sacando de quicio. ¿Podría hacer algo para que me escucharan?

Página 174: Tal como están las cosas, me da miedo hasta pisar la calle

Página 178: ¿Por qué me siento culpable cuando paso de largo ante un mendigo?

Página 181: ¿Por qué debo ocuparme de todas las tareas domésticas? ¿No debería implicarse mi pareja?

Capítulo 5

Estoy harto de que me digan lo que tengo que pensar

Hume • Sócrates • Nietzsche • Foucault

Desde la infancia te han estado machacando con cómo deberías comportarte. Los padres, los maestros, los sacerdotes, todos quieren imponer su criterio sobre lo que es un comportamiento aceptable o no, y sobre cómo distinguir entre bueno y malo. Ahora crees que ya lo sabes, ¿verdad? Pero el fenómeno no se detiene cuando llegas a la edad adulta. Cada vez que enciendes la tele, o que lees el diario, o incluso cuando hablas con los amigos, alguien te ofrece sus conocimientos superiores para decirte qué es lo correcto.

Dado que ya estás cansado de que te digan lo que debes pensar, parece algo extraño que tengas que dirigirte a alguien en busca de consejo. Y sin embargo, se diría que quieres algo más que dar rienda suelta a tu enfado, o tal vez quieras afirmar tus sentimientos. ¿Un poco de consejo productivo, en lugar de una opinión dogmática? Bien, entonces has llegado al lugar correcto: aunque los filósofos a menudo tienen opiniones contundentes, no las comparten a menos que puedan respaldar-

las con argumentos. Y lo más probable es que te digan cómo pensar, no lo que debes pensar.

De todos modos, vamos a considerar tu queja. Lo que de verdad estás diciendo es que estás cansado de que la gente te diga lo que piensa, y de que te diga que tú piensas equivocadamente. Pueden darte su opinión, claro, pero no tienes por qué estar de acuerdo con ellos. Está muy bien si pueden justificar su posición con argumentos profundos y razonados, para convencerte de que están en lo cierto (o de que tú estás equivocado). El problema viene cuando empiezan a usar palabras como «tienes que» o «debes». Ahí cruzan la línea que separa los hechos, la materia del argumento racional, de los valores y opiniones. En resumen, te están diciendo lo que está bien y lo que está mal, lo que es moralmente correcto o equivocado, y por implicación te dicen lo que deberías pensar y cómo tendrías que comportarte.

Esto, diría **David Hume**, no va así. ¿Cómo puede alguien justificar desplazarse desde un «es» a un «debe ser»? De explicar cómo son

Pregunta filosófica básica

¿Puede haber una explicación racional para las normas éticas?

¿Podemos tener moralidad sin religión?

«¿Lo pío es amado por los dioses porque es pío,
o es pío porque es amado por los dioses?»

Sócrates, citado por Platón

las cosas a explicar cómo deben ser hay un gran salto, el que se da de una afirmación descriptiva a una afirmación prescriptiva. Y dar este salto no es un paso racional y lógico, pero implica un juicio de valor en lugar de hechos. Simplemente, no puedes derivar un «tiene que ser» de un «es».

Ser y deber ser

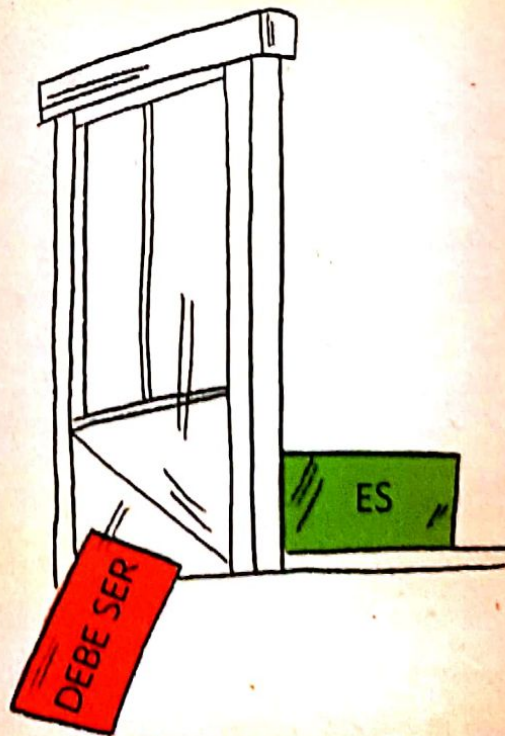
Hume te diría que fueras con cuidado cuando alguien habla de moralidad o de política, porque es una ocasión para deslizarse, casi imperceptiblemente, desde las afirmaciones descriptivas a las prescriptivas. En un momento te dicen que el caso es así y así, y en el siguiente que así es como tiene que ser. No te dejes enredar. Al usar la «guillotina de Hume», la hoja imaginaria que separa el mundo de los hechos del mundo de los valores, puedes ver cuándo muestran sensatez o cuándo solo dicen cómo les gustaría que fueran las cosas.

El tipo de cosas que la gente te dice que pienses, temas de moralidad o política, por ejemplo, casi siempre supone este cambio de descriptivo a prescriptivo. Y mientras que no puedes negar hechos, o un argumento racional profundo, no tienes por qué aceptar los juicios de valor. ¿Qué son, de hecho? Solo opiniones, y una reacción emocional. Al final, toda la moralidad se deriva de lo que Hume llama «las pasiones», no de los hechos ni de la razón. Así que cuando alguien dice que algo debe ser, porque es bueno, lo único que dice es que lo aprueba. Y el «Esto está bien,

deberías hacerlo» o el «Esto está mal, no deberías hacerlo» va implícito en esta idea.

Lo mismo que un político en un mitin, implícitamente buscan una confirmación de su opinión. «Debemos apuntar al pleno empleo», por ejemplo, es solo otra manera de decir «Creo que el pleno empleo está muy bien», y luego esperar una ovación. Una versión reducida de esto sería «Pleno empleo — ¡Viva!», o «Paro — ¡Fuera!», lo que demuestra

La guillotina de Hume





Uno de los argumentos en favor de la religión es que proporciona una estructura moral, pero los ateos observarían que de algún modo son inmorales simplemente por no tener creencias religiosas.

que es una manera menos que racional de presentar un argumento, no mejor que decir «Me gustan las espinacas», (¡Viva!) «¡Así que a vosotros también deberían gustaros!».

Las personas que intentan convencerte de sus ideas de moralidad no se mostrarían conformes con esto, naturalmente. Las nociones de bueno y malo, correcto e incorrecto, no son solo una cuestión de opinión, sino que vienen provistas de cierta clase de autoridad. La religión, por ejemplo, es la fuente para muchos «debes» y «no debes», y no puedes conseguir una autoridad mucho más alta que la que tiene Dios. A menudo se dice que la religión es necesaria porque sin ella no habría moralidad.

Pero **Sócrates** se atrevió a desafiar esta idea, aun sin decir que era equivocada, sino a su manera habitual, cuestionándose la premisa del argumento «Los dioses aman lo que es bueno». ¿Las cosas buenas son buenas porque los dioses las aman, entonces? ¿O los dioses las aman porque son buenas? En otras palabras, ¿determinan los dioses lo que es bueno? Si lo hacen, entonces al hacer el bien solo obedecemos reglas arbitrarias cuya única justificación es la aprobación de los dioses, y los dioses pueden mandarnos hacer toda clase de cosas dudosas. Pero si los dioses aman cosas porque son buenas, entonces esas cosas son buenas independientemente de los dioses, así que podemos

descubrir lo que es bueno sin los dioses como referencia.

Si la autoridad de los dioses es cuestionable en asuntos de moralidad, entonces también lo es la autoridad de los sacerdotes. Y de los maestros, y de los políticos... Y de quien sea que te diga lo que tienes que pensar. Si te están diciendo de hacer o pensar algo porque está bien, son irrelevantes para esta corrección, y eso es algo que puedes encontrar por ti mismo. Y si es solo bueno porque ellos dicen que lo es, sería un error seguirlos ciegamente sin alguna evidencia mejor. De una u otra manera, Sócrates sugiere con mucha fuerza que es mejor llegar a nuestras propias conclusiones sobre lo que es moralmente correcto o equivocado.

Esclavos y amos

Esta es en gran parte la conclusión a la que llegó **Friedrich Nietzsche**. Lo educaron en una familia muy religiosa, según las normas morales estrictas impuestas por el luteranismo protestante de su padre. Cuando de joven tuvo una crisis de fe y se dio cuenta de que «Dios ha muerto», reconoció que casi todas sus ideas sobre moralidad provenían de la religión, y que sin ellas somos libres de confeccionar nuestro propio código ético.

Por desgracia, la mayoría de la gente no puede librarse de las ideas éticas con las que

se les ha educado, ni del aburrido hábito de rezar el mismo viejo y equivocado absurdo sobre el bien y el mal. Incluso en sociedades seculares, la influencia generalizada de morales religiosas persiste, y por la instilación del miedo y de la culpa en todos evita que cada uno descubra por sí mismo lo que está bien y lo que está mal.

Pero es que todavía peor, añadiría Nietzsche, porque la moral que se nos inculca mediante la religión, y en estos días también por los gobiernos, no procede de Dios, sino de los líderes religiosos. Y la misión de estos era mantener a personas como tú en su sitio. Al decirte que cualidades como la docilidad, el pacifismo e incluso la pobreza son «buenas» (¡Viva!), los líderes de la sociedad mantienen el control sobre el populacho sumiso. Entretanto, los tontos que se tragan este relato, al que Nietzsche llama «moral del esclavo», siguen mostrando la otra mejilla y perpetuando los mitos. Mientras persista, diría Nietzsche, siempre habrá gente que te dirá qué pensar y cómo comportarte, pero puedes elegir no escucharlos y seguir tu propio camino.

Según **Michel Foucault**, de todos modos, no es tan sencillo. No se trata solo de una clase dominante que impone un sistema ético sobre nosotros para mantenerse en el poder. Es más sutil y más insidioso. Sí, es cierto que

*«Moralidad es instinto gregario en el individuo»
Friedrich Nietzsche*

las figuras de autoridad, como los padres, los maestros y los líderes religiosos y políticos pueden reforzar sus códigos morales sobre nosotros mediante un sistema de castigos y recompensas para ejercer su poder, pero ¿quién tira de las cuerdas? Además, ¿actuamos así por el miedo, o bien por la esperanza de ser recompensados?

No, dice Foucault, el poder se ejerce por todas partes en la sociedad, y no solo los gobiernos sobre sus súbditos. En lugar de moralidad real, tenemos normas culturales y sociales que constantemente se refuerzan por la manera de comportarse de todo el mundo en la sociedad. No se nos tiene que decir explícitamente lo que tenemos que pensar, porque todo el tiempo se nos está mostrando qué es aceptable y qué no.

Una vez que un comportamiento o una idea particular se convierten en la norma, por implicación tiene que tratarse de algo «bueno», y cualquier desviación de la norma es mala. No se te tiene que decir lo que pensar, porque cualquier pensamiento

«irregular» es tabú, y literalmente impensable. Los gobiernos, incluso en regímenes represivos, no están imponiendo tanto sus ideas sobre otros, sino que más bien las normas de moralidad establecidas les otorgan este poder. Son síntomas, más que causas. Aunque pudieran decir, por ejemplo, que la homosexualidad es un delito sancionable, esto es solo un reflejo de los tabús de esta sociedad, y para la mayoría de sus ciudadanos sería imposible imaginarlo de otro modo. Y como está imbricado tan profundamente en el pensamiento de esta sociedad, se hace difícil no persuadirse para pensar igual, sin que se ejerza ninguna presión obvia sobre ti.

Si crees que constantemente se te está diciendo lo que pensar, Foucault diría que tienes suerte, porque la mayoría de la gente ni siquiera sabe que sus pensamientos y acciones se están manipulando, y quién controla la agenda menos todavía. Así que no te vuelvas loco, y actúa. Es obvio que tu mente es tuya, así que úsala para desafiar el poder ubicuo del pensamiento recibido.

Toma una decisión

Si te cansa que la gente te diga qué deberías hacer, decir o pensar, en Hume encontrarás un aliado fiel. Una cosa es decir cómo son las cosas, y otra muy diferente decir cómo deben ser. Sócrates también proporcionaría munición para atacar a la gente que depende de la autoridad religiosa para decirte cómo pensar. Y si quieres apoyo para tu idea de que puedes decidir por ti mismo lo que pensar, no tienes más que acudir a Nietzsche y Foucault.

¿Por qué no me decido a quién votar?

Platón • Aristóteles • Hobbes • Rousseau

Vuelve a ser tiempo de elecciones, y te bombardean con información sobre los candidatos y los partidos a los que representan. ¿Cómo elegir cuál es el mejor para el cargo? Cada uno de ellos tiene argumentos más o menos convincentes sobre sus políticas: cómo dirigirán la economía, defenderán el país y cuidarán de nuestro bienestar. Tú quieres a alguien que dirija el país adecuadamente, o que por lo menos proteja tus intereses. Pero los políticos son todos iguales, ¿verdad? Prometen lo que sea para que los elijan, y luego solo se cuidan de ellos y de sus amigos.

La mayoría de los países del mundo son hoy en día, en mayor o menor grado, democráticos; es decir, la mayoría de adultos tienen poder decisorio sobre quién los gobierna, y votar en elecciones suele reconocerse en

general como un derecho humano fundamental. Pero no siempre ha sido así, y el derecho al voto ha sido a menudo difícil de obtener. Escoger a quién darle tu voto es toda una responsabilidad, por tanto, y no resulta nada fácil.

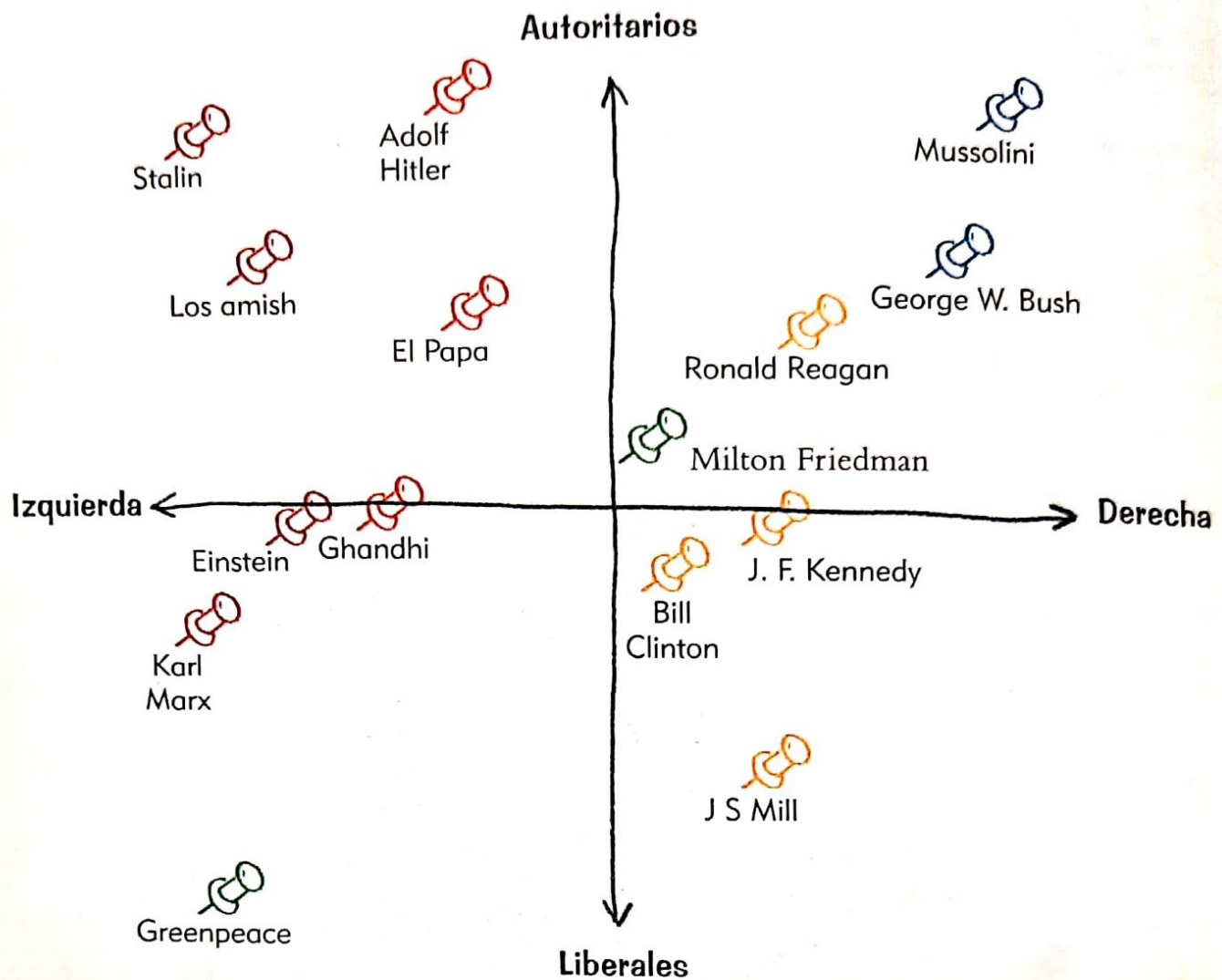
La democracia occidental tiene sus raíces en Atenas, en donde un gobernante tiránico fue derrocado en el 510 aC, y la gente de la ciudad decidió, de forma poco usual, escoger cómo tenían que gobernarse. **Platón** vio en esto una oportunidad para la organización social dentro de la racionalidad —en lugar de estar en manos de algún gobernante hereditario o de quien tuviera el ejército más poderoso— y expuso sus ideas en *República*. Aunque estaba contento por librarse de la tiranía, no era realmente un entusiasta de la democracia. En su opinión,

Pregunta filosófica básica

En un contrato social, ¿a qué tipo de gobierno decidimos entregarle el poder?

«El oficio del soberano, ya sea un monarca o una asamblea, consiste en el fin para el que se le ha otorgado el poder soberano, a saber, en procurar seguridad para el pueblo»
Thomas Hobbes

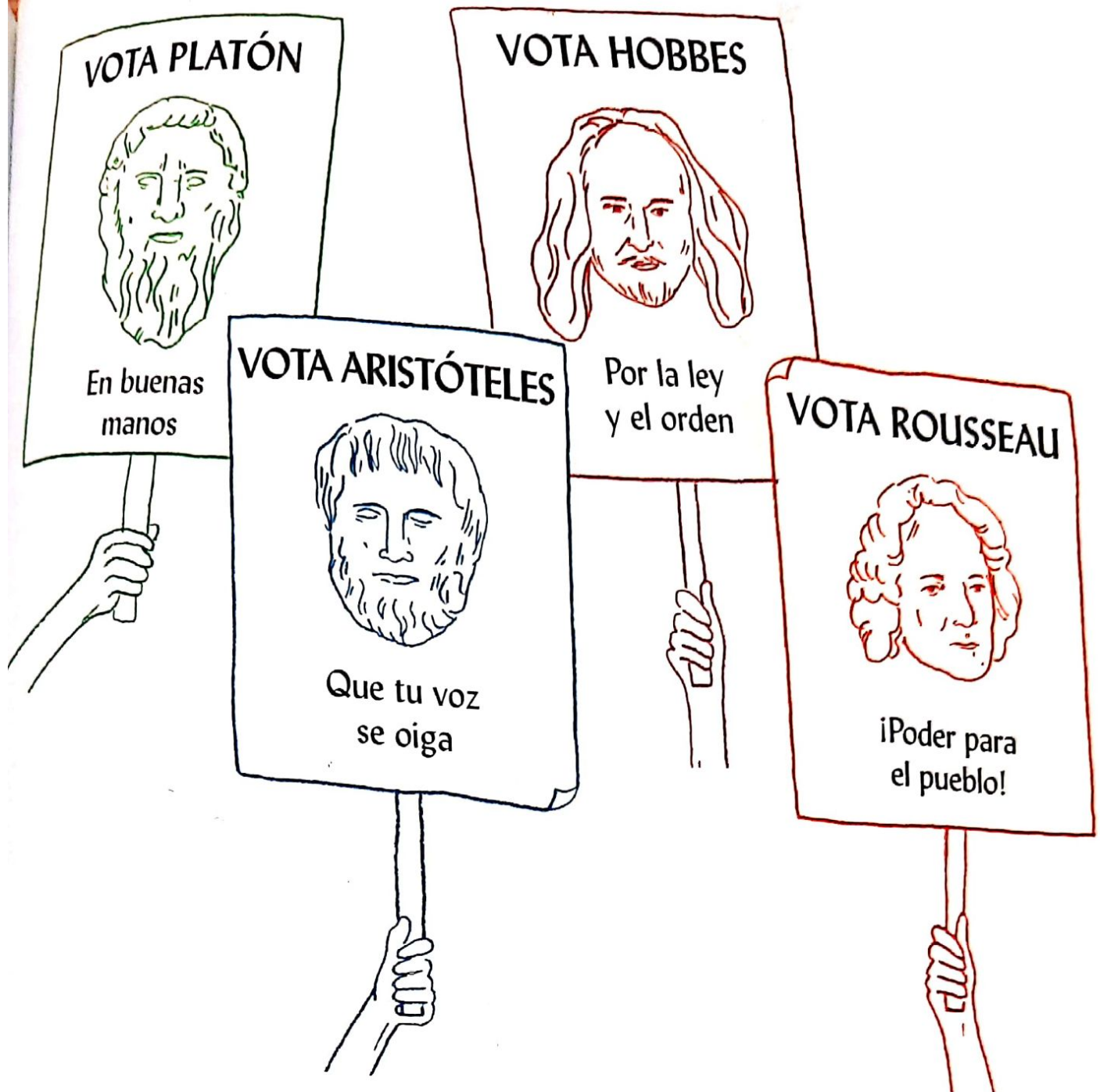
El espectro político y situación de algunos pensadores políticos en él



la función del gobierno era facilitar a los ciudadanos vivir una «buena vida». Pero las únicas personas que entienden los valores morales necesarios para una buena vida son los filósofos como él mismo. Así que el gobierno debía ser una clase dirigente de «filósofos-reyes». Arrogante, sí, pero tal vez tenía un poco de razón: al decidir por quién votar, deberías considerar qué candidatos tienen el conocimiento y las capacidades necesarias para hacer el trabajo.

¿Quién se beneficia?

Aristóteles, por su parte, hizo dos preguntas sencillas: ¿Quién gobierna? ¿En interés de quién? Un buen gobierno es el que gobierna en el interés del Estado en su conjunto, mientras que uno que gobierna en el interés de los que están en el poder es lo que él llamaba corrupto. Luego aplicaba estos criterios a tres tipos de gobierno diferentes, para poder compararlos: un gobernante individual (ya sea un buen monarca o un



dictador tiránico), una clase dirigente reducida (una aristocracia benigna o una oligarquía corrupta) o el pueblo, que podía gobernar ya fuera para el bien común en un gobierno constitucional, o según sus propios intereses en una democracia. La pregunta «¿En interés de quién?» es sutil, y puede ayudarte a decidirte, no solo sobre los motivos de los candidatos para buscar su elección, sino también sobre si vas a votar por lo que es mejor para la sociedad o por ti personalmente.

La cuestión sigue siendo, sin embargo, para qué sirve un gobierno. Sobre este punto los griegos eran un tanto teóricos, y hablaban sobre valores morales y todo el resto. Tuvo que ser un inglés, **Thomas Hobbes**, la persona lo bastante franca para decir cómo serían las cosas sin algún tipo de gobierno. En un estado de naturaleza, explicaba, la vida humana sería «solitaria, pobre, sucia, brutal y corta», con todo el mundo peleando entre sí para conseguir sus deseos. En lugar de este lamentable panorama, hemos creado un

«Lo que el hombre pierde por el contrato social es su libertad natural y un derecho ilimitado a todo lo que intente alcanzar y consiga alcanzar; lo que gana es la libertad civil y la propiedad de todo lo que posee»

Jean-Jacques Rousseau

«contrato social» entre el pueblo y el gobierno, cediendo parte de nuestras libertades a cambio de la protección del Estado. Hobbes estaba muy a favor de un soberano autoritario, para prevenir una anarquía como la que describía, pero otros, como **Jean-Jacques Rousseau**, veían en el contrato social un mal necesario, una infracción a nuestra libertad natural. Quería entregarle la soberanía al pueblo, de manera que el gobierno pudiera administrarse por la «voluntad general», en lugar de imponerla sobre nosotros. Desde estas diferentes visiones de la relación entre el gobierno y el pueblo

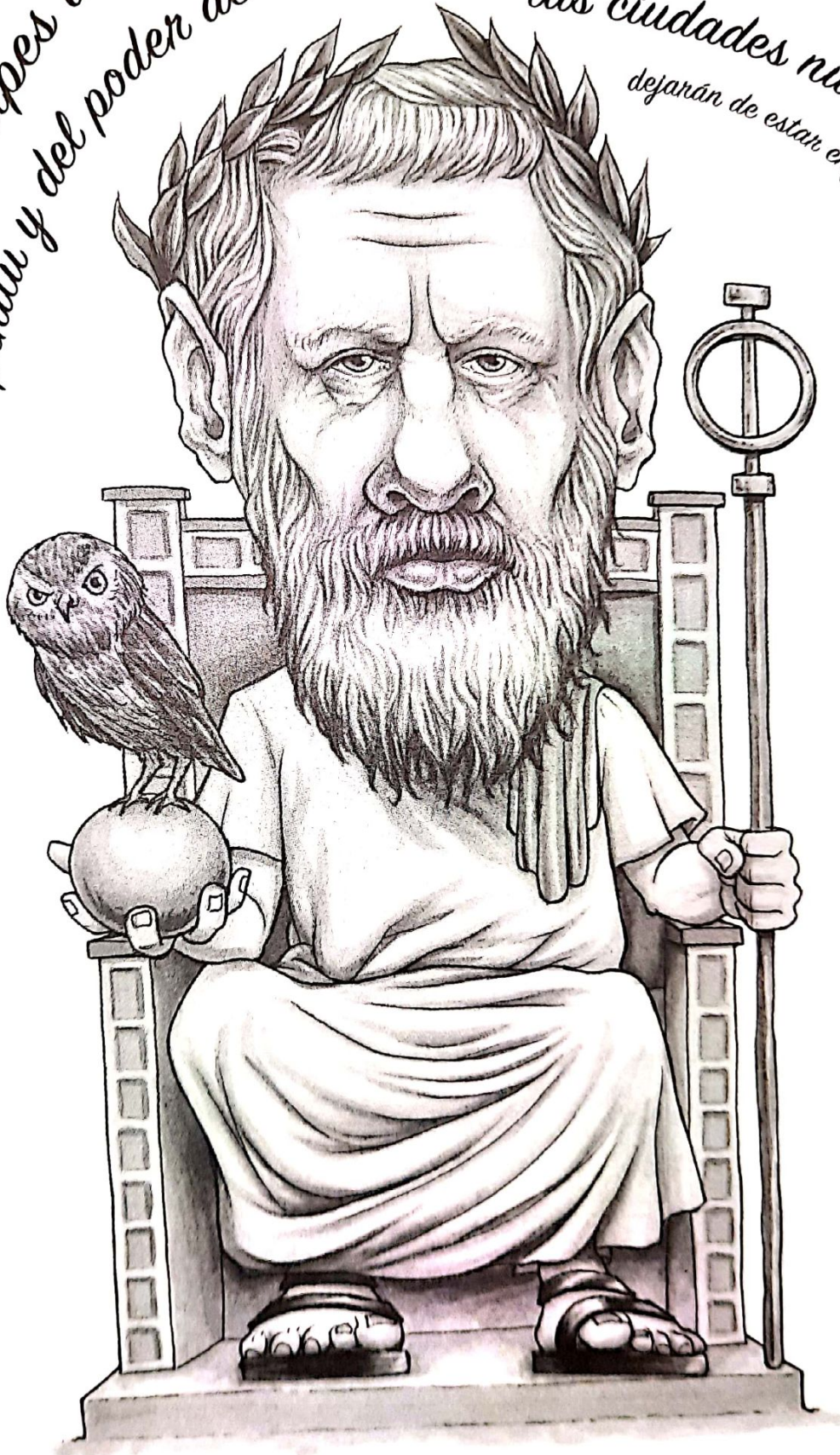
evoluciona todo un espectro de opinión política, sobre todo para considerar hasta qué punto el gobierno debe controlar nuestras libertades sociales y económicas. Depende de ti decidir dónde te sitúas en ese espectro al escoger qué candidato conseguirá tu voto. ¿Votas a un liberal o a un autoritario? Dicho de otro modo, ¿deseas mayor libertad personal, o cederías algunas libertades por una sociedad más ordenada? ¿Votas por el candidato capitalista, o más bien por el que tiende al socialismo? ¿La libertad económica es más importante que la igualdad? Para ti, ¿cuál es mejor? ¿Y para la sociedad?

Toma una decisión

Eliges a quien va a gobernar y a quien te va a representar. Así que deberías coincidir con Platón en que esa persona debería ser la que tenga más conocimiento para hacerlo. Pero también querrías saber con qué intereses actúa, según los criterios de Aristóteles. ¿Es mejor seguir la recomendación de Hobbes de un gobernante autoritario, o bien el sueño democrático de Rousseau de una sociedad gobernada por la voluntad del pueblo?

«Hasta que
los filósofos sean reyes,
o los reyes y príncipes de este mundo dispongan
del espíritu y del poder de la filosofía...»

«las ciudades nunca
dejarán de estar enfermas.»



Platón

¿Por qué los políticos nunca responden con auténtica franqueza?

Kant • Maquiavelo • Sócrates • Hume

Si le preguntas a un político qué hora es, te hablará de los problemas en la industria relojera. Y tal vez te diga también que el reloj de su oponente siempre atrasa. En algún momento encontrarás a uno que sí te conteste, pero resultará que te está mostrando la verdad «de una manera económica». Las entrevistas y los debates televisivos se han convertido en programas concurso, y el ganador suele ser el que mejor escurre el bulto. No es que inspire confianza en las personas que nos piden que confiemos en ellas para gobernar el país. ¿Por qué lo hacen, entonces?

En este caso nos enfrentamos a un enigma filosófico, porque hacer esa pregunta a los filósofos no nos proporcionará tampoco una respuesta clara. Y lo mismo que los políticos, los filósofos te van a dar algunas opiniones de lo más diferente sobre el tema. Peor, ya que lo has preguntado... Probablemente la respuesta más clara la encontrarás en **Immanuel Kant**. Lo que es sorprendente, en realidad, dada su manera a menudo impenetrable de explicar las cosas. Pero por una vez será contundente y condenará a los políticos que no dicen las cosas como son. Según su libro hay que decir la verdad, siempre. Y eso significa que está mal no solo decir una mentira descarada, sino también engañar a los votantes. Y esto es lo que la mayoría de políticos hacen: ciegan a los votantes con hechos y datos dudosos, o evitan la pregunta dando una contestación irrelevante a una cuestión absolutamente diferente.

Las razones que los llevan a hacerlo no vienen al caso. Todos pretenden que te dicen la verdad —y a veces acusan a sus oponentes de ser poco claros—, así que tienen la

obligación de decirte ni más ni menos que la verdad. Tenemos derecho a esperarlos de ellos, para tomar decisiones informadas sobre ellos, sus políticas y su capacidad para gobernar. Y si no pueden hacerlo, no les des tu voto. No son dignos de tu confianza.

Necesidad de saber

Tal como podías esperar, no es la manera de verlo por parte de **Nicolás Maquiavelo**. Además de ser filósofo, trabajaba como consejero diplomático y político, así que aborda el tema de modo más práctico, desde una perspectiva muy política. Te diría que todas las bravatas y evasivas políticas son deliberadas. Es lo que él aconsejaría hacer a un político. ¿Por qué? Por las muchas cosas que hay que ocultarle al público. Si se muestra cínico (en eso Maquiavelo era un maestro), el político puede estar intentando tapar su incompetencia, o su ignorancia de los hechos en cuestión, o puede ser que la situación sea peor a como quiere que la veas.

Pero los motivos también pueden ser más nobles. Incluso un político básicamente

Pregunta filosófica básica

¿Tienen los representantes electos el deber de decir la verdad?

¿Y hay más de una clase de verdad?

bueno tendrá problemas en mantener al electorado donde él quiere, especialmente si tiene que tomar algunas decisiones difíciles. Si dice la cruda verdad lo horrorizaría, y nunca podría disponer del poder para hacer lo que es necesario. La gente no necesita saber, lo que necesita es que la cortejen, que la tranquilicen. El político también tiene que ir con cuidado para no entrar demasiado en detalles, y sobre todo para no prometer nada, porque así se podría demostrar que se equivoca, o que es un incompetente, cuando no un mentiroso. Y nadie volvería a creerlo. Por este motivo los políticos son evasivos siempre que pueden. Eso les da espacio para cambios posteriores de opinión, según vayan evolucionando las circunstancias.

Se podría convencer a Maquiavelo para que le ofreciera algún consejo al votante. Ten

en cuenta lo que recomienda a los políticos, y concédeles el beneficio de la duda si parece que prevarican. Y cuidado con el que se precia de ser muy claro, en contraste con su ambiguo oponente. Tal vez te dice justo lo que quieres oír, y si no es una mentira, no es toda la verdad.

De este mismo modo contemplaría **Sócrates** al político dogmático. En general, Sócrates no tenía tiempo para políticos, pero no porque no ofrecieran respuestas directas, sino al contrario. Demasiado a menudo, en su opinión, los políticos dan sus opiniones como si fueran verdades incontrovertibles, cuando deberían intentar ir al fondo de la cuestión. Y mientras un mal político recurriría a una respuesta evasiva para ocultar su ignorancia, el mejor, en su opinión, admitiría abiertamente que no dispone de todas las repuestas. Al utilizar el método de Sócrates de enfrentarse a las demandas y de contestar a las preguntas principales con todavía más preguntas, este tipo de político no evita una respuesta. En absoluto. Lo que hace es exponer las inconsistencias y contradicciones en los argumentos de su oponente (o entrevistador) e intentar llegar a la verdad. Claro que también hay un problema. Contestar siempre a una pregunta con otra pregunta y encontrar puntos débiles en la oposición no te va a dar ninguna popularidad, tal y como Sócrates comprobó a su costa. Los votantes quieren

«Por una mentira un hombre echa a perder y, por así decirlo, aniquila su dignidad como hombre»

Immanuel Kant

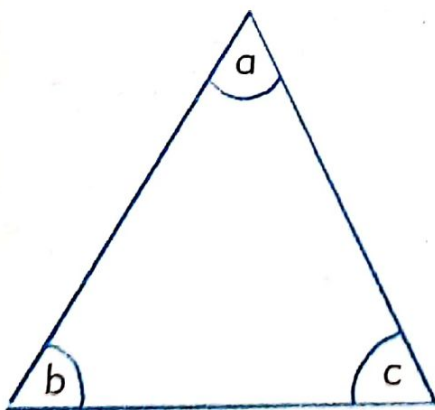
«Un hombre sabio... proporciona su creencia a la evidencia»
David Hume

respuestas, no más preguntas, y que les digan la verdad, simple y llanamente.

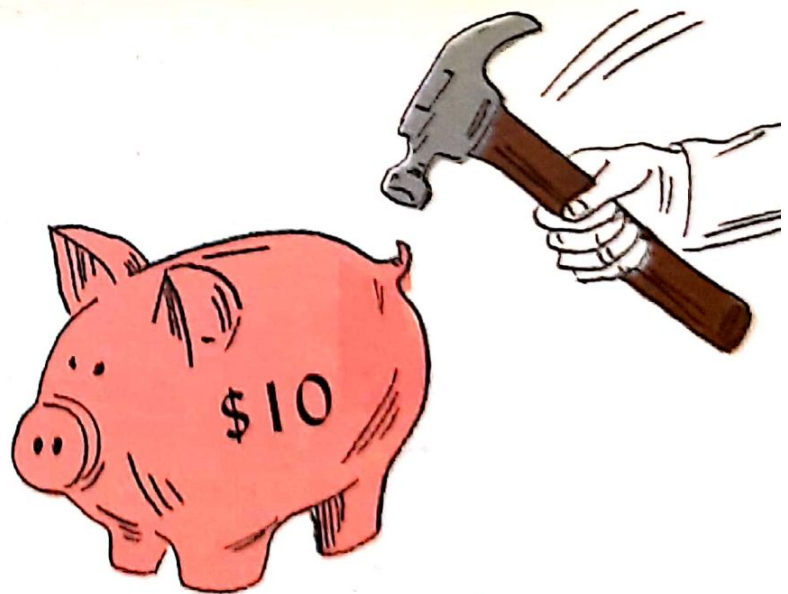
El problema es que la verdad no siempre es simple y llana. No es tan blanco y negro como eso, diría **David Hume**. Y aunque Hume no es que salte exactamente en defensa de los políticos escurridizos, sí explica por qué puede parecer que son menos que claros. Tal como explica, hay diversos tipos de verdad. De algunas afirmaciones se puede decir que son incontestablemente ciertas. Es lo que él llama «razonamientos demostrativos». Según el ejemplo clásico, $2 + 2 = 4$. Esto es evidentemente cierto, y podemos comprobarlo con solo pensarlo. Sería una contradicción lógica decir que $2 + 2$ no es igual a 4, así que tiene que ser cierto. ¡Si la política fuera tan simple...!

Pero obviamente no lo es, y Hume continuaría explicando por qué. Lo mismo que afirmaciones demostrativas, hay, dice, lo que él llama «razonamientos probables», afirmaciones que no podemos decir que sean o no ciertas solo con pensarlas. Tenemos que mirar al mundo real para ver si encontramos alguna evidencia. Si un amigo te dice, por ejemplo, que lleva dos dólares en el bolsillo, tú no sabes si es cierto o falso sin comprobar el contenido de sus bolsillos. Mientras que un razonamiento demostrativo como $2 + 2 = 4$ es un asunto de razonamiento, el razonamiento probable de que tu amigo tiene dos dólares en el bolsillo es un asunto de hecho. Para aclararlo, Hume explicaría que la verdad de $2 + 2 = 4$ es una «verdad necesaria», no puede contradecirse, pero es posible negar la

Averiguar la verdad



$$a + b + c = 180^\circ$$



La verdad de que los ángulos de un triángulo suman un total de 180° es una verdad de razonamiento: podemos comprobar que es cierto pensándolo. Pero la afirmación de que tengo diez dólares en mi hucha solo puede verificarse mirando dentro del cerdito y contando las monedas: es una verdad contingente, en la que tenemos que comprobar los hechos.



verdad de la afirmación de que tu amigo tiene dos dólares en el bolsillo sin ninguna contradicción lógica, porque es una «verdad contingente», dependiente de lo que es el caso en concreto, los hechos.

No hay respuestas simples

El problema es que hay muy pocas verdades necesarias, verdades de razonamiento, fuera del mundo abstracto de las matemáticas y de

la lógica. La política se trata siempre de verdades contingentes, de manera que las afirmaciones que hacen los políticos son invariablemente lo que Hume llamaría razonamientos probables, dependientes para su verdad de la evidencia que tengamos de ellos, los hechos. Y aunque algunas afirmaciones pueden verificarse convincentemente, como que la deuda nacional es ahora de X millones de dólares, también hay muchas más áreas grises, como cuando se dice que la deuda puede pagarse en cinco años. Con los razonamientos probables no se trata de una simple cuestión de verdadero o falso, sino de un grado de probabilidad que solo puede determinarse por la fuerza de la evidencia disponible para demostrarlo.

Con lo cual no es extraño que los políticos eviten comprometerse. En el análisis final, considerándolo todo y teniendo en cuenta los hechos tal como los conocemos, es probable que los políticos no den respuestas directas por la misma razón que los filósofos no dan respuestas directas: por muy sencillas que creas que son las razones, las respuestas simples son poquitas.

Toma una decisión

Tal vez estés de acuerdo con Kant en esto, y pienses que los políticos siempre tienen que decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Pero podrías considerar el planteamiento más pragmático de Maquiavelo, según el cual los políticos no siempre intentan cubrir sus ineptitudes, y pueden estar pensando en el interés del país, o el argumento de Sócrates de que también podrían intentar llegar a la verdad, en lugar de dar evasivas. Y tal vez estés de acuerdo con Hume en que la verdad es un concepto esquivo.



verdad de la afirmación de que tu amigo tiene dos dólares en el bolsillo sin ninguna contradicción lógica, porque es una «verdad contingente», dependiente de lo que es el caso en concreto, los hechos.

No hay respuestas simples

El problema es que hay muy pocas verdades necesarias, verdades de razonamiento, fuera del mundo abstracto de las matemáticas y de

la lógica. La política se trata siempre de verdades contingentes, de manera que las afirmaciones que hacen los políticos son invariablemente lo que Hume llamaría razonamientos probables, dependientes para su verdad de la evidencia que tengamos de ellos, los hechos. Y aunque algunas afirmaciones pueden verificarse convincentemente, como que la deuda nacional es ahora de X millones de dólares, también hay muchas más áreas grises, como cuando se dice que la deuda puede pagarse en cinco años. Con los razonamientos probables no se trata de una simple cuestión de verdadero o falso, sino de un grado de probabilidad que solo puede determinarse por la fuerza de la evidencia disponible para demostrarlo.

Con lo cual no es extraño que los políticos eviten comprometerse. En el análisis final, considerándolo todo y teniendo en cuenta los hechos tal como los conocemos, es probable que los políticos no den respuestas directas por la misma razón que los filósofos no dan respuestas directas: por muy sencillas que creas que son las razones, las respuestas simples son poquísimas.

Toma una decisión

Tal vez estés de acuerdo con Kant en esto, y pienses que los políticos siempre tienen que decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Pero podrías considerar el planteamiento más pragmático de Maquiavelo, según el cual los políticos no siempre intentan cubrir sus ineptitudes, y pueden estar pensando en el interés del país, o el argumento de Sócrates de que también podrían intentar llegar a la verdad, en lugar de dar evasivas. Y tal vez estés de acuerdo con Hume en que la verdad es un concepto esquivo.

Estoy intentando echar adelante un negocio, pero las normativas, la burocracia y las tasas lo hacen casi imposible

Smith • Hume • Marx

Es un milagro que hoy en día se haga algo. Los que producen los bienes, los que crean la riqueza y proporcionan los trabajos ven el camino obstaculizado por la interferencia gubernamental. Es una pesadilla intentar cumplir todas las reglas, y pasamos más tiempo resolviendo asuntos burocráticos que atendiendo al trabajo. Y cuesta una fortuna cumplir con las regulaciones de sanidad y de seguridad, la protección del consumidor y el pago del salario mínimo. ¿Para qué? Una gran parte de los beneficios que obtenemos se la tragan los impuestos. Dadnos un respiro.

Cualquiera diría que añoras los viejos tiempos, cuando los emprendedores tenían las manos libres para seguir con lo que mejor hacían, producir bienes y hacer dinero, y los gobiernos mantenían sus narices fuera de los negocios. Pero esa edad de oro, ¿de verdad existió? Dado que la industria moderna y la economía de mercado capitalista evolucionó algo después de que se establecieron nuestros sistemas de gobierno modernos, este escenario parece improbable. No importa lo liberal que profese ser un gobierno, su razón de ser es legislar, y por tanto está obligado a la voluntad de ejercer algún control sobre los negocios por el bien del país.

Que esto sea un buen o un mal asunto puede debatirse. La autoridad generalmente aceptada sobre este tema es **Adam Smith**, quien, aunque no sea exactamente el arquitecto de la economía de mercado, fue uno de los primeros en analizar cómo funciona y en reconocer sus fuerzas y debilidades. Y él, como te gustará oír, era un firme partidario de dejar en paz los negocios. Lo que incentiva la producción en los mercados libres es la competencia, y lo que determina los precios. Es una cuestión de oferta y demanda: a largo plazo ambos factores se equilibrarán de manera que los consumidores obtengan los productos que

«Siempre que la legislatura intenta regular las diferencias entre los patronos y sus trabajadores, sus consejeros son siempre los patronos»

Adam Smith

«Por tanto es una máxima política justa que en cada hombre tenemos que suponer a un bribón»

David Hume

deseen a un precio justo, y los productores vendan sus productos por un buen beneficio. Ninguna intervención del gobierno es necesaria, o deseable.

O, por lo menos, una intervención gubernamental discreta, diría Smith. En un mundo ideal, se podría confiar en los negocios para que produjeran sus productos éticamente y para que trataran a sus clientes con justicia, pero el mundo en que vivimos es imperfecto. Es una lástima, admite Smith, pero tienen que existir leyes que frenen a los comerciantes sin escrúpulos. No para una regulación real del mercado mismo, sino para asegurarse de que está funcionando como debe. Por ejemplo, si solo un negocio produce un producto en particular, entonces no hay competencia y el consumidor queda a merced de la compañía, forzado a pagar cualquier precio que esta determine. Así que tienes que disponer de una ley que prevenga el

monopolio. Luego, claro está, tienes que hacer que los negocios dejen de estar en connivencia para formar carteles que fijen los precios y que también controlen el suministro de bienes. Y no hay ni que decir que tienen que existir leyes contra el tráfico de información privilegiada, el fraude, las trampas, etcétera. Por no hablar de alguna legislación sobre el comercio irregular o las materias peligrosas.

Un sistema imperfecto

Smith estaría de acuerdo en que el sistema no es perfecto, y tener este tipo de regulación es triste, pero necesario, porque siempre habrá quien encuentre las lagunas y las explote. También admitiría que dar carta blanca a los negocios no solo distorsiona la relación entre consumidor y proveedor, sino que además puede llevar a la explotación del trabajo. Smith tenía plena conciencia de las lacras del trabajo esclavo e infantil, y de las



condiciones de trabajo de muchas personas que ganaban una miseria, así que no tendría objeciones a la intervención del gobierno para mejorar su situación.

La cuestión es, diría él, que ese supuesto grado de intervención gubernamental debería darse en el sentido de permitir un funcionamiento justo de los negocios en el sistema de mercado, y no ser restrictivo ni frenar a las empresas, ni a la innovación. Los gobiernos pueden ayudar a proteger al pueblo frente a los negocios sin escrúpulos, pero en lo principal deberían atenerse a cuidar los intereses del Estado y de sus ciudadanos.

En este punto el amigo de Smith **David Hume** se uniría alegremente a la conversación. Coincidiría en general con la defensa de Smith del derecho de los negocios a cuidar de sus propios asuntos, pero apuntaría que la economía de mercado no puede proporcionar algunas cosas, porque no cuenta con los elementos para hacerlo. Las farolas de la calle, por ejemplo. Ningún empresario inteligente intentaría venderlas en el mercado abierto, porque ¿quién iba a comprar algo que todos los demás pueden usar sin cargos? Son bienes públicos y con fondos públicos deben pagarse. Y esa es la responsabilidad del Gobierno, pero para obtener el dinero tiene que recurrir a los impuestos. Lo mismo ocurre con cosas como las fuerzas armadas y la policía: ahí están para defender y proteger a todo el mundo, así que todos debemos contribuir a pagarlas. También puede resultar

Pregunta filosófica básica

¿Hasta qué punto tiene derecho un gobierno a intervenir en los negocios privados? ¿Tiene el Gobierno una obligación de proteger a los consumidores y empleados? ¿Debería la industria ser de propiedad y de gestión pública?

conveniente fomentar otras infraestructuras del país, como carreteras, vías férreas, electricidad, suministro de agua... Incluso la educación, la asistencia médica y las prestaciones sociales. Y como de todo esto se beneficiarán los negocios tanto como los demás, deben pagar una parte de esos impuestos, también. Por desgracia, esto significa que los gobiernos tienen que ejercer alguna fuerza sobre los negocios, lo que podría contemplarse como una interferencia para sus capacidades de sacar provecho.

Así es, diría Smith. El principio de la empresa libre sigue prevaleciendo, faltaría más, pero en la práctica no trabaja a la perfección. Así que tiene que haber alguna regulación, y tienen que reclamarse algunas sumas. Es una lástima, de todos modos, continuaría diciendo Hume, que la regulación tenga que ser tan

«El proceso es tan complicado que ofrece demasiadas ocasiones para funcionar con anomalías»

Karl Marx

«El mejor gobierno es el que no gobierna en absoluto»

Henry David Thoreau

restrictiva. Porque tiene que vérselas con todos los defectos del sistema de mercado, y para anticiparse a todo tipo de trampas, la ley tiende a tratar a todo el mundo como si intentara salir corriendo con algo, y puede acabar siendo un tanto desproporcionada. Irónicamente eso quiere decir que el pequeño comercio a menudo sale peor parado, atado a la burocracia y cargado con grandes impuestos, mientras que las grandes corporaciones disponen de recursos para esquivar las leyes y evitar sus impuestos.

Control estatal

Según Smith y Hume, por tanto, si quieres llevar un negocio tendrás que hacer frente a algunas interferencias externas. Para **Karl Marx**, en cambio, la situación que describes es el síntoma de una enfermedad terminal. Lo mismo que Smith, Marx dedicó un montón de tiempo a analizar el funciona-

miento de la economía de mercado, pero él, aunque también admiraba cómo fomentaba la innovación y creaba riqueza, cuestionaba la validez del sistema. Argüiría que como sistema que se precia de prosperar sin libertad, necesita de mucha más intervención para hacer que funcione en algún sentido, y no digamos ya razonablemente. En lugar de ir enredando continuamente para hacer que siga funcionando, ¿por qué no vamos hasta el final y hacemos que el Gobierno se encargue de todas las órdenes? Que todos los negocios caigan bajo el control del Estado, y que el pueblo posea los medios de producción: así no habrá necesidad de legislar contra prácticas comerciales injustas y explotación. Y tú no tendrás que preocuparte por gestionar un negocio competitivo en ningún sentido, sino que podrás dedicar las energías a producir los bienes y los servicios que beneficiarán a la sociedad en su conjunto.

Toma una decisión

Desde tu perspectiva de empresario, la burocracia no solo es restrictiva, sino también innecesaria. Adam Smith te respaldaría y argüiría que las normativas son un obstáculo para el libre mercado. Pero tal vez reconozcas, como hace él, que en algunos casos el mercado necesita ayuda; e incluso estés de acuerdo con Hume en que para el bien público tiene que existir la intervención gubernamental en algún grado. Incluso Marx puede persuadirte de que hay que ir a por todas y aceptar que el capitalismo tiene un defecto fundamental, y que la sociedad en su conjunto podría beneficiarse de la industria y del comercio si estas estuvieran en manos del pueblo.

¿Puedo creerme las predicciones de los llamados «expertos»?

Confucio • Maquiavelo • Hume

Según algunos líderes, si no seguimos sus políticas el país acabará más arruinado de lo que ya está. Pero los de la oposición señalan evidencias que muestran justo lo contrario. Los economistas nos están diciendo siempre que pueden predecir los efectos de diferentes políticas en los mercados. Aun así, no vieron que se acercaba la gran crisis financiera, ¿verdad? Y ahora casi todos los científicos dicen que nuestra afición a los combustibles fósiles está detrás del cambio climático, aunque algunos políticos y economistas mantienen que eso no es cierto. ¿A quién tengo que creer?

La triste verdad es que los políticos están entre las personas en quien menos confía la sociedad. Y eso lo saben. De esta manera, para convencer al electorado de la validez de sus afirmaciones y promesas, recurren al testimonio de expertos: economistas, científicos, académicos y hombres de negocios (pero no filósofos, lo que es interesante). Muy a menudo se dan citas textuales de estos expertos en los discursos de los políticos sobre cómo sus planes serán mejores para los votantes, o cómo los de sus oponentes nos llevarán a la ruina.

Así, los expertos se ven introducidos en el negocio de la predicción del futuro. El problema es que esta predicción tiene la reputación de poco fiable. Aunque tal vez no se merezcan esta fama: un meteorólogo puede acertar 364 días al año, pero el día en que no se dio cuenta de que venía un huracán es el único que la gente recuerda, de manera que se fían tanto del meteorólogo como del horóscopo. Y en el mismo saco caen los expertos y sus predicciones, que nos

parecen inmediatamente sospechosas, como las promesas de los políticos.

Y así es como tenemos que actuar, diría **Confucio**. Si necesitamos saber si podemos fiarnos de las afirmaciones de alguien, tenemos que comprobar no las pruebas a las que remite, sino la persona que está haciendo esa afirmación. El «hombre superior», la



Pregunta filosófica básica

¿Puede el futuro preverse con certeza? ¿Hay alguna justificación racional para creer que un fenómeno lleva a otro?

persona en quien puedes depositar tu confianza, nos dice Confucio, predica con el ejemplo, no con declaraciones y promesas. No importa que sea político, o experto, o lo que sea: por sus hechos los conocerás. Así sabrás si merecen confianza. Solo entonces podremos examinar sus predicciones.

Incluso entonces tenemos que mantenernos en la búsqueda de signos que nos revelen que la afirmación la hace un «hombre inferior», alguien que mantiene el propio interés por encima de todo. Podría ser que un político citara el testimonio de un experto sobre la utilidad de la marihuana en el tratamiento del cáncer, y que dijera que va a legalizarla. Si eso es cierto, estaría muy bien, pero ¿y si tiene un motivo oculto para decirlo? ¿No estará buscando la popularidad, para decirle a los millones de fumadores de cannabis lo que quieren oír? Pongamos que su consejero

experto le dice que la cura milagrosa se logra con las chocolatinas. Si resulta que el político está subvencionado por una corporación de golosinas, que financió la investigación, no es probable que esta persona sea «superior».

La dura realidad

Ser tan y tan noble está muy bien, le diría **Nicolás Maquiavelo** a Confucio, pero los mundos de la política, la diplomacia y los negocios no funcionan así. Confucio sí acierta en que tenemos que mirar a la persona, no a sus exigencias ni a sus predicciones. Pero es así por lo que ya sabemos: no podemos fiarnos de lo que dicen, porque todos expresan lo que creen que queremos oír para obtener nuestro apoyo. Y esto no tiene por qué ser malo, diría Maquiavelo. Un político de éxito demostraría dotes de persuasión que también favorecerían a sus votantes. El mundo de la política y de la diplomacia no es tan respetuoso y nítido como podrías pensar, y alguien de proceder un tanto tortuoso puede ser una buena baza si está de tu parte. Además, tal vez comprenda mejor la situación que su electorado, pero para hacer algo necesita colocarse en una posición de poder o autoridad, y prometerá un futuro rosa basado en las predicciones de los expertos para llegar a ella. Lo importante no es si nos creemos las predicciones y promesas, sino si confiamos en la persona que tiene que hacer el trabajo.

*«El hombre superior entiende lo que es justo;
el hombre inferior entiende lo que vende»*

Confucio

«La astucia y el engaño siempre servirán mejor al hombre que la fuerza para elevarse desde una condición básica hasta la gran fortuna»

Nicolás Maquiavelo

David Hume, sin embargo, nos pediría que concibiéramos el negocio de las predicciones desde un ángulo diferente. Aunque es famoso por su escepticismo en general, y sobre todo por los motivos que pueden tener los políticos para sus afirmaciones y promesas, los pronosticadores gozan de su comprensión. Tampoco es que los libere de culpa, porque duda de la validez de las predicciones.

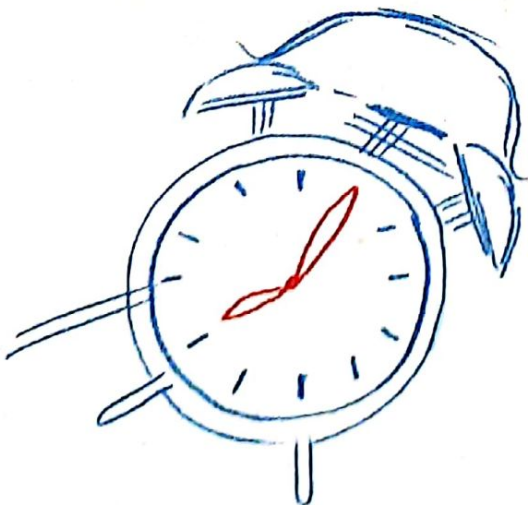
Uno de los problemas, explica, es que tendemos a esperar que ciertas cosas ocurran sin ninguna base racional para pensar que así será. Si cada vez que hacemos algo, como por ejemplo comer cierto tipo de seta, caemos enfermos, pronto concluiremos que dicha seta es la causa de nuestro malestar. Y como nos hemos acostumbrado a la idea de que cada vez que comemos esa seta nos ponemos

enfermos, predecimos que si la comemos en el futuro, volveremos a estarlo.

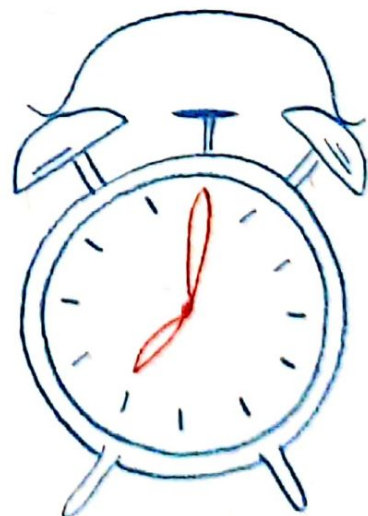
Parecería que es no es más que sentido común. Hume lo admite, pero dice que no es racional. Solo porque cada vez que pasa A luego siga B no podemos asumir que A cause B. Tomemos otro ejemplo. Eres un dormilón, y por eso tienes dos despertadores. Uno da la hora exacta, y el otro atrasa un par de minutos. Cada mañana, suena el primer despertador, y poco después suena el segundo. Cada mañana. Ese «sentido común», ¿te diría que el primer timbre hace que suene el segundo? No, claro está.

La única evidencia de que las setas causan la enfermedad es lo que Hume llama una «conjunción constante» de los dos hechos. Pero como hemos visto con los despertadores, no es una base lo bastante firme como para asumir

A



B



Dos despertadores están puestos a las siete. El reloj A suena a las siete, como es debido. Pero el reloj B no está sincronizado con el reloj A, y suena un poco después. Esto ocurre todas las mañanas. Primero suena A y luego suena B. ¿Será que A hace que B suene?

*«La costumbre es, por tanto,
la gran guía de la vida humana»*

David Hume

esa conclusión. Pero eso es lo que hacemos, y la mayoría de las veces nuestras previsiones basadas en la idea de que una cosa causa la otra resultan ser ciertas. Así que cuando un científico dice que las emisiones de carbono causan calentamiento global y que se dará un cambio climático catastrófico si no dejamos de quemar combustibles fósiles, tendemos a creerlo.

Esto ocurre en gran parte por basar las predicciones en la evidencia de nuestra experiencia. Cuanto más a menudo vemos que el evento B sigue al evento A, más probable es que pensemos que B está motivado por A. Cada vez que estoy cerca de un gato, estornudo: así que los gatos me hacen estornudar. Pero si solo ocurre una vez, entonces la evidencia de la causalidad no existe. Por ejemplo, en Ruritania salió elegido un gobierno de izquierdas, y al día siguiente se produjo una crisis financiera global. Difícilmente dirías que las elecciones ruritanas causaron la crisis, porque no se da

esa «conjunción constante». Y las predicciones a veces dependen del argumento de que X pasará porque lo causa Y. Así que cuando pasa Y, luego seguirá X. Es un argumento fiable, siempre que aceptemos la premisa de que Y causa X. Y la única razón para creerlo es que es lo que siempre ha pasado. Por lo que sabemos. Claro, pueden darse circunstancias en que no sea así, pero no sabemos cuáles.

Bien, si esto parece un poco evasivo, se excusaría Hume, es porque él mismo está dividido entre el sentido común y el pensamiento racional. Nos gusta pensar, y el sentido común así nos lo dice, que podemos tener una buena idea de lo que probablemente ocurra mirando atrás (lo que Hume llama «costumbre» o «hábito»), pero necesitamos examinar las evidencias con cuidado, y templar nuestra reacción instintiva a cualquier predicción con una evaluación racional de sus probabilidades. Y recuerda que los expertos a veces se equivocan porque hacen lo mismo.

Toma una decisión

¿Tenemos derecho a esperar que nuestros políticos y sus consejeros sean íntegros? Es probable que en eso estés de acuerdo con Confucio, y que compruebes si alguien puede tener motivos ocultos por las acciones que ha llevado a cabo. Si eres un poco más cínico, puedes estar de acuerdo con Maquiavelo en que la política y la diplomacia son «artes oscuras», y en que tenemos que acompañar a los que se encargan de que el trabajo se haga. O tal vez veas a los expertos con más cariño, como Hume, y aceptes que la predicción no puede ser nunca una ciencia exacta, y que tenemos que fiarnos del sentido común.

Estos gobernantes me están sacando de quicio. ¿Podría hacer algo para que me escucharan?

Marx • Voltaire • Thoreau • Rousseau

¿Democracia? ¿Es una broma? Una vez cada tantos años echas un sobre en una urna, y se acabó. El resto del tiempo, los gobiernos van por su cuenta y favorecen las injusticias, el peligro y la locura con sus actuaciones, mientras tú te ves limitado a gritarle a la tele o a la radio, o a que se te atragante el desayuno mientras lees el diario. Están tomando decisiones que afectan las vidas de millones, y empiezan guerras y destruyen el entorno, y derrochan fondos públicos... Y tú no puedes hacer nada. ¿O sí?

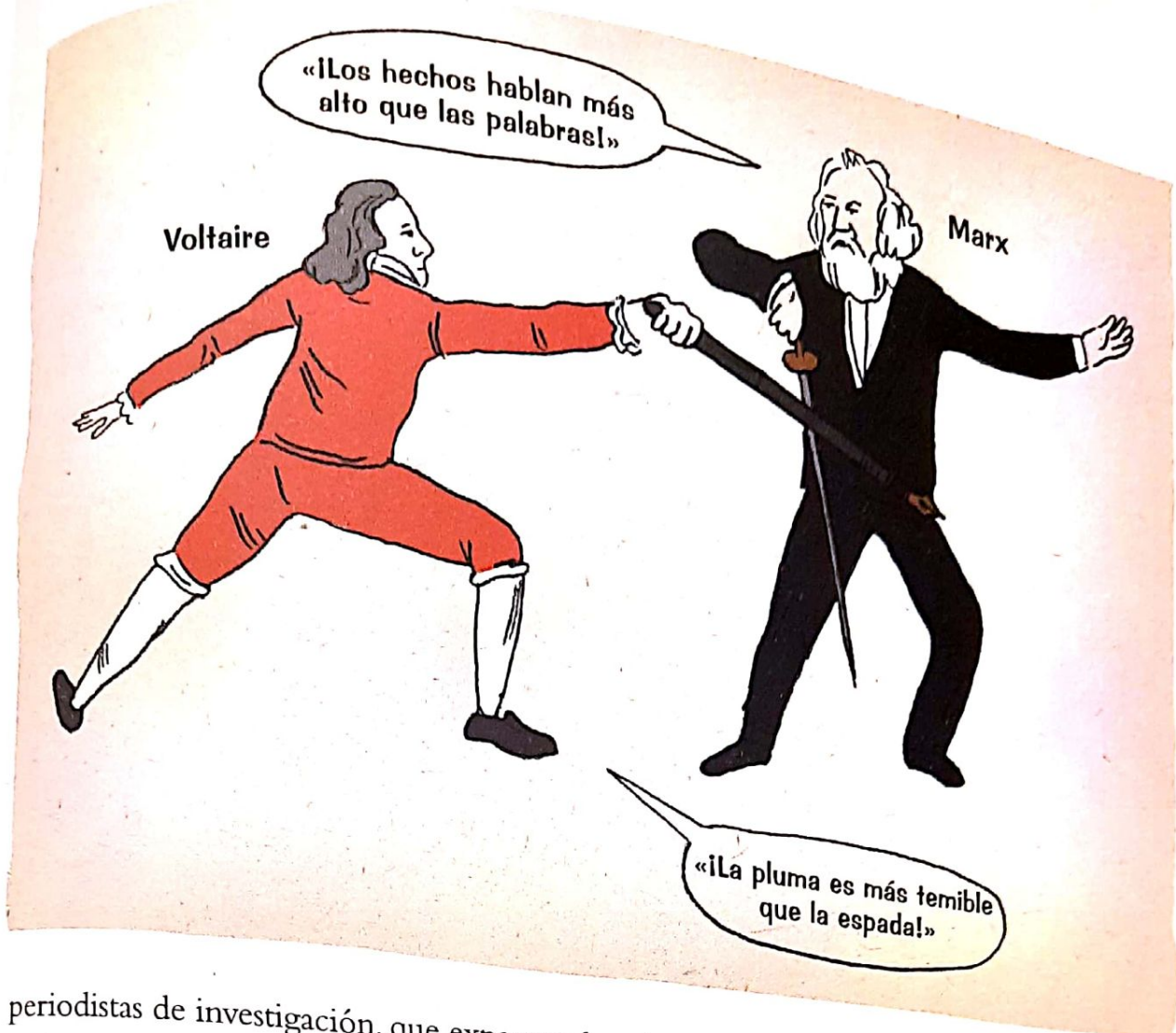
La lista de filósofos que te dirían que disentir es saludable es larga. De hecho, muchos de ellos han desafiado el conocimiento recibido y la autoridad en uno u otro momento. Y algunos (Sócrates, por ejemplo; véase página 113) acabaron pagando el precio de instalarse en el lado equivocado de los poderes existentes. No son tantos, sin embargo, los que tienen algo útil que decir sobre lo que tienes que hacer para que tu voz se oiga, o para conseguir realmente algo. Como dijo **Karl Marx**, «Los filósofos se han limitado a interpretar el mundo de diversos modos. Se trata de cambiarlo». Volveremos a él en un momento.

Empecemos, sin embargo, con alguien que siempre se metía en líos por decir lo que pensaba, un feroz partidario del derecho a la libre expresión: **Voltaire** (1694-1778). Aunque en realidad nunca lo dijera, su visión sobre el asunto era que, por mucho que pudiera discrepar con lo que tú digas, defendería hasta la muerte tu derecho a decirlo. No es que te recomendara seguir gritando con los

telediarios: puede ser útil para liberar tensiones, pero es un gesto vacío. No, Voltaire era un apasionado creyente en el poder de las palabras, y especialmente de las palabras escritas, para provocar el cambio. En lugar de gritarle tu frustración al televisor, canaliza estos pensamientos en cartas al director, escribiendo libros y artículos, o empieza un blog y publica tus opiniones para que todos las vean. Haz campaña para una prensa libre, con auténticos

Pregunta filosófica básica

¿Tenemos derecho a protestar contra nuestros gobiernos? ¿La desobediencia civil es justificable? ¿Y la protesta violenta, qué?



periodistas de investigación, que expongan los defectos y la corrupción de las autoridades. Así sí que puedes perjudicarlos, y es mucho más satisfactorio que limitarse a lamentarse. Además, el asunto puede progresar y convertirse en un movimiento de protesta con el que influenciar en la opinión pública para provocar reformas.

Desobediencia civil

Pero no somos tan extrovertidos como Voltaire, ni tan agudos con las palabras. No hay problema, dice **Henry David Thoreau**, aun así, puedes llamarles la atención. Desde su cabaña en Nueva Inglaterra, lejos de los pasillos del poder, fue objeto de titulares en la prensa que incitaron al debate público y pusieron en una situación comprometida

al Gobierno. Y eso sin hacer nada. O por lo menos no haciendo algo. Se limitó a no pagar los impuestos que, según creía, se utilizaban inmoralmente para financiar la guerra en México. Argüiría que este acto de desobediencia civil podía ir contra la ley del país (y obtener una buena publicidad con esa apuesta), pero que él seguía una ley moral que la superaba. Las leyes las hacen los gobiernos y no son siempre buenas. De hecho, diría Thoreau, muchas de ellas son malas y contradicen el código moral de los seres humanos decentes. En estos casos, no solo es permisible romper la ley, sino que hacerlo es tu deber moral, y no «someter la propia conciencia al legislador». No es bueno decir a los gobiernos que no estás de acuerdo con lo que hacen, tienes que enseñarles lo

«Es peligroso tener razón en asuntos en los que las autoridades establecidas se equivocan»

Voltaire

que piensas de sus leyes, y exponer su injusticia y su inmoralidad. Sin romper tu propio código moral, puedes utilizar una violación simbólica de la ley para hacerte pesado. Puede ser el rechazo a pagar un impuesto, o algo más serio, como una objeción de conciencia ante el reclutamiento de tropas. Rosa Parks desencadenó el movimiento de derechos civiles americano cuando se sentó en un asiento prohibido en un autobús. La no-cooperación también es buena: no hay más que pensar en lo que Gandhi consiguió haciéndose tan pesado.

Acción directa

Si Thoreau te ha despertado las ganas de protestar, tal vez te gustaría considerar una forma de resistencia más activa. Una vez más, siguiendo la regla de Thoreau de no comprometer los principios propios, debería ser una infracción menor de la ley, pero en lugar de no cumplirla te puedes permitir un poco de acción directa. La obstrucción, quizá, como establecer la residencia en una casa en un árbol para prevenir que los bulldozers arrasen un bosque. O una destrucción de la propiedad simbólica, como cortar un alambre en la valla de una base militar.

Un momento, dirás, ¿no nos estamos apartando del tranquilo no-cumplimiento de Thoreau? Es probable que reconociera que estos no son los métodos que escogería, pero aplaudiría la invocación al desafío de las malas leyes. Cuando se trata de protesta activa, por cuestiones prácticas lo mejor es que busques referencias en otros.

Lo que vuelve a llevarnos a Marx. Era un contemporáneo de Thoreau, y compartía su desdén por las malas leyes y el mal gobierno, pero lo que despreciaba sobre todo era lo que él veía como la inmoralidad del capitalismo. Y como ya hemos dicho, no se conformaba con expresar sus opiniones, sino que creía que nuestra responsabilidad es cambiar cosas. Mientras Thoreau era un erudito introvertido, Marx era un orgulloso luchador de la calle, y no se andaba con rodeos. Si realmente estás loco de rabia contra el gobierno, tal vez sea el filósofo que más te gustará como consejero.

Marx había formado sus opiniones en el turbulento inicio del siglo XIX, poco tiempo después de que las revoluciones americana y francesa hubieran demostrado a sus gobiernos lo que pensaban de ellos. Y Marx estaba de acuerdo con **Jean-Jacques Rousseau** (un contemporáneo de ese otro agitador francés, Voltaire) en que el Gobierno, y de hecho todo el sistema, favorece a los que tienen por encima de los que no tienen. En lugar de darnos libertad, la llamada sociedad civil ha puesto cadenas a los trabajadores y ha hecho casi imposible provocar una reforma.

Por suerte para ti, diría Marx, tiene unas cuantas estrategias en la manga. Ese Thoreau está de parte de la justicia, pero con un individuo que no pague los impuestos difícilmente pondremos a un gobierno de rodillas, ¿verdad? El movimiento tiene que ser de masas, y eso implica informar y educar al pueblo, para que tome conciencia de la

«Solo hay un camino para que los estertores de muerte asesinos de la vieja sociedad y los sangrientos dolores de parto de la nueva sociedad puedan acortarse, simplificarse y concentrarse, y este camino es el terror revolucionario»

Karl Marx

situación en la que se encuentra. Sí, como decía Voltaire, hay que escribir panfletos, y carteles, y blogs, pero no dirigidos al Gobierno: tienes que dirigirte al pueblo, y conseguir que se enfade tanto como tú. Una vez que hayas alcanzado la masa crítica, puedes empezar a organizar protestas. Mientras te acompañe el número suficiente de personas, las manifestaciones, marchas, peticiones e incluso la ocupación de edificios oficiales pueden resultar efectivas. Y no hay que olvidar el poder de los trabajadores. No se les llama «fuerza de trabajo» porque sí. Unidos, los trabajadores pueden romper sus cadenas, y desplazar la carga de la presión económica sobre los hombros de sus patronos y gobernantes.

Tomar el poder

El problema es que los gobiernos no siempre luchan limpiamente; para sofocar la protesta pueden recurrir a la violencia. De modo que deberíamos mirarlo desde una perspectiva más amplia, y tal vez adoptar una postura más maquiavélica: el fin justifica los medios. Después de todo, incluso Thoreau decía que es un deber moral romper la ley si es una mala ley. Los que están en el poder no se rendirán fácilmente, así que se les tiene que arrebatar, con violencia si es necesario. Ya que se ha ahogado la voz del pueblo, su lucha por el cambio se ha convertido en una guerra justa. Si no estás preparado para algo de protesta violenta, vas a seguir agitando con impotencia el puño ante la tele o gritándole a la radio.

Toma una decisión

Más que solo quejarte, lo que tú quieres es que se te oiga, que tu opinión cuente para algo. Puedes seguir el consejo de Voltaire y asegurarte de que se publican tus opiniones, y apoyar la libertad de prensa. O tal vez quieras ir algo más lejos, como Thoreau, y hacer constar tu desaprobación con algo de objeción constructiva y desobediencia civil, o incluso con algo de acción directa no violenta. Y si de veras te opones a lo que tu gobierno quiere, podrías considerar el apoyo de Rousseau y Marx a una revolución que lo derrocaría.

Tal como están las cosas, me da miedo hasta pisar la calle

Hobbes • Locke • Mill • Camus • Foucault

No tienes más que mirar los titulares. El crimen campa por sus respetos y vivimos atemorizados por los ataques terroristas. Zonas enteras de nuestras ciudades son lugares a los que mejor no ir, sobre todo cuando cae la noche. Hace un momento leía sobre el aumento de los robos, y los informes sobre asaltos y violaciones son continuos. Pandillas de adolescentes recorren las calles, y ya no es seguro ir a ninguna parte a solas. Todo está fuera de control y nadie parece hacer nada al respecto. ¿Qué ha pasado con la ley y el orden?

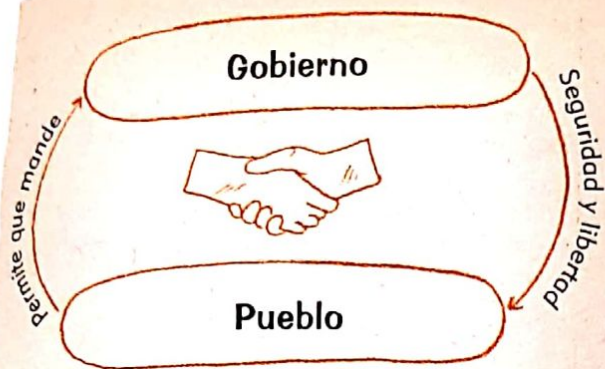
Es triste, pero el crimen existe. Siempre lo ha hecho, y siempre lo hará. Y la gente espera que sus gobiernos hagan algo al respecto. No parece faltarles la razón, desde el momento en que una de las primeras obligaciones de cualquier gobierno es proteger a sus ciudadanos. El problema es cómo pueden hacerlo sin ser autoritarios, o incluso tiránicos. Es un tema de debate político



continuo, especialmente cuando llegan las elecciones. Una parte reivindica ser la de la ley y el orden, y la otra los acusa de abuso de poder. O una se proclama campeona de la libertad, mientras la otra los acusa de ser blandos con los criminales.

Tal como era de esperar, los filósofos están tan divididos sobre este tema como los políticos. Y cada uno tienes su propia receta para la mezcla de libertad y seguridad que cree que funciona mejor en el lado del autoritarismo destaca **Thomas Hobbes**, con su negra visión de la naturaleza humana. Él consideraría los artículos de prensa que has estado leyendo y diría «Bueno, ¿y qué esperabas?» Si se las deja sueltas, así es como actúan las personas. Y como pueden salirse con la suya, por eso lo hacen en tu barrio. Si quieres que se haga algo al respecto, tienes que darle a alguien la autoridad para que actúe. Para eso tenemos gobiernos.

Hobbes diría que la única manera de mantener el orden y de garantizar un grado de seguridad es mediante el imperio de la ley. Sin



En el contrato social el pueblo da al Gobierno el poder de mandar sobre ellos, pero a cambio se espera del Gobierno que proporcione seguridad al pueblo y que proteja sus libertades.

ley, en estado de anarquía, nadie está a salvo del egoísmo, de la codicia y de la brutalidad de los demás. Así que nombras a un gobierno que implementará leyes que prohíban crímenes, y una fuerza policial para reforzar estas leyes y un sistema de justicia para asegurar que los malhechores sean castigados. Les das la autoridad y ellos te protegerán, y cuanto mayor autoridad tengan, más seguro será.

A cambio de esta seguridad solo tienes que ceder parte de tu libertad. Y ese no es un alto precio que pagar, según Hobbes. Bajo un liderazgo fuerte (término que prefiere al de autoritarismo) podrás salir con el conocimiento de que la ley va a verse reforzada, porque se ha mantenido a los malhechores fuera de las calles. A cambio, tendrás que consentir el inconveniente de una presencia policial intrusiva, y alguna falta de privacidad, como que la correspondencia y la actividad en internet estén monitorizadas. Y tal vez tendrás que obviar algunas leyes con las que no estás cómodo, como tener que mostrar la docu-

mentación si te la piden, o no poder adscribirte a ciertas organizaciones. Pero si no tienes nada que ocultar, no tienes nada que temer.

Seguridad y libertad

John Locke diría que esto empieza a parecer algo siniestro. El trato que hacemos con nuestros gobiernos, el «contrato social» es para proteger no solo nuestra propiedad, sino también nuestra libertad. No deberíamos despojarnos de nuestros derechos y delegar la autoridad en el Gobierno para que este nos diga lo que podemos y lo que no podemos hacer. Los gobiernos deberían ser los servidores del pueblo, no sus amos, y el sistema de leyes debería erigirse en árbitro neutral para asegurar que se hace justicia. Tiene que ser una relación en dos sentidos: un gobierno solo puede tener autoridad legítima cuando gobierna con el consentimiento de las personas que están siendo gobernadas. En ese sentido, podemos esperar que nuestros derechos a la vida, a la libertad y a la propiedad quedarán protegidos, y sentirnos tan seguros como libres. La libertad y la seguridad no son mutuamente incompatibles, y deberíamos esperar que nuestro gobierno nos proporcione seguridad al tiempo que protege nuestras libertades. Tienes que sentirte libre a la hora de salir a la calle sin miedo a que te ataquen, pero también sin la sensación de que estás bajo sospecha constantemente.

Este tipo de estructura política, arguye Locke, fomentaría una sociedad más cooperativa, en la que todos sientan que participan. Al establecer un contrato social justo, creamos una sociedad que respeta los derechos de todos sus ciudadanos y que fomenta la cooperación, de modo que no

*«El fin de la ley no es abolir ni restringir,
sino preservar y ampliar la libertad»*

John Locke

existan motivos para inclinarse por el crimen o la violencia. El foco, más que en el crimen, se pone en sus causas.

Fíjate, añadiría Locke, que quien se ve sorprendido infringiendo la ley habrá optado por no participar en este acuerdo y perderá estos derechos. Para disuadir de este tipo de comportamiento, Locke aconseja que «se los destruya como a un león o a un tigre, una de esas bestias salvajes con las que el hombre no puede tener asociación ni seguridad». En otras palabras: la manera de enfrentarse al crimen, tomando prestado el eslogan de política exterior de Theodore Roosevelt, es hablar con suavidad y llevar un buen garrote.

Es un asunto delicado, de todos modos, eso de darle a alguien cualquier tipo de poder. Incluso Locke reconocía que era necesario, pero que tenía que administrarse con cuidado. **John Stuart Mill** también creía que este tema es importante, porque nuestras libertades son demasiado preciosas como para ponerlas en peligro. En su opinión, toda la filosofía moral y política se reduce a la idea de que todo el mundo tiene derecho a hacer lo que quiera, mientras no perjudique a los demás ni se interponga en el camino hacia lo que los demás desean. Así, en tu caso, diría que tu libertad para salir a la calle se ve comprometida, se te impide hacer lo que quieres. Hasta aquí, muy bien. Como esto te perjudica, las personas responsables —los criminales, terroristas y bandas callejeras— actúan mal. Pero ahora llegamos al problema de lo que debe hacerse con ellos. Encerrarlos sería una infracción de su libertad, y cualquier forma

de castigo sería «causarles daño». ¿No estaría también mal, desde el punto de vista moral? ¿No sería un abuso de poder por parte del Gobierno, de la policía y del sistema judicial, cometido con nuestra autoridad? No, dice Mill, no si añades una segunda cláusula a este principio básico de no hacer daño: es moralmente permisible ejercer el poder sobre alguien contra su voluntad si, y solo si, esto se hace para evitar que haga daño a alguna otra persona. Así que no te sientas mal cuando llegue la policía y se lleve a ese individuo de aspecto sospechoso que resulta que ha robado todas las casas de tu calle. Si es que te has sentido mal, claro.

¿Justicia o libertad?

Todo esto parece muy justo y razonable, y tan inglés como el té de las cinco. Para un análisis más apasionado de tu queja, consulte-mos a un par de franceses, empezando por **Albert Camus**. Pero no esperes ningún consuelo de lo que diga, porque es un

Pregunta filosófica básica

¿Qué es más importante,
la libertad o la seguridad?
¿Cuánto poder estamos dispuestos
a dar a nuestros gobiernos?

nihilista de tomo y lomo. Puntualiza que Hobbes dio en el clavo al decir que si quieres justicia tienes que ceder algo de libertad. Llevado al extremo, arguye Camus, esto implica que la justicia absoluta implica la supresión de cualquier contradicción, y necesariamente niega cualquier libertad. Lo contrario también es cierto, ya que la libertad absoluta se burla de la justicia. No puede darse en los dos sentidos. Encontrar un equilibrio entre libertad y seguridad está muy cerca de ser imposible, y en la práctica el péndulo oscila de uno a otro lado. Pero tal vez el mayor riesgo sea que la seguridad de la gente a menudo sirva de excusa para la tiranía y el despotismo. De hecho, gracias a esta seguridad parece que los tiranos actúen llevados por la bondad de sus corazones.

Para acabar, preguntémosle a **Michel Foucault** cómo ve tu situación. Lo mismo que Camus, diría que tu deseo de seguridad está siendo explotado, no exactamente por un tirano, sino por algo muy similar, y mucho más insidioso. Aunque la amenaza del

crimen y el terrorismo es real, se exagera muchísimo, y lo que causa tu miedo es esta percepción, más que cualquier riesgo inminente. Esto es así porque hay quien quiere que pienses que se te está amenazando, quiere meterte miedo, porque de este modo les concederás muy a gusto la autoridad para ejercer el poder sobre ti y sobre la sociedad. Ese alguien no tiene por qué ser un simple tirano, ni siquiera un gobierno autoritario, sino todo el sistema del poder, incluidos los medios de comunicación y otras instituciones.

Foucault nos advierte de que no puede haber nunca una liberación total de este tipo de poder: como se autoperpetúa, puede usarse para crear más inseguridad, para ganar más poder. Se ejerce en todas partes, y nos afecta cambiando la manera que tenemos de ver el mundo. Lo mejor que podemos hacer es intentar reconocerlo siempre que podamos, y desafiar el mensaje del miedo. Y, si te atreves, sal a la calle y comprueba si realmente te atracan. Lo más probable es que no.

Toma una decisión

¿Crees, como Hobbes, que la labor de un gobierno es mantener la ley y el orden? ¿O estarías de acuerdo con Locke y Mill en que le damos al Gobierno la autoridad para proteger nuestras libertades? Así se suscita la pregunta de Camus de cuánta libertad estamos dispuestos a ceder con tal de obtener justicia, y de si estás en disposición de soportar a un tirano o un estado policial para sentirtè seguro. Puede ser que sientas que Foucault lo ve tal como es: que los gobiernos y los medios explotan el miedo de la gente para ejercer el poder sobre ellos.

¿Por qué me siento culpable cuando paso de largo ante un mendigo?

Marx • Singer

Vas por la calle, y tal vez tienes prisa por llegar a algún lado, y ves a una mendiga sentada en un umbral. ¿Cómo reaccionas? ¿Con compasión? No, con culpa. ¿Y luego o cedes a ella y le echas una moneda en el cuenco, o tomas la determinación de no mirarla y sigues para adelante? Luego, para diluir tu culpabilidad, te dices que se habría gastado el dinero en drogas o en alcohol, o que ser un mendigo es un estilo de vida, no una necesidad en estos días. De cualquier modo, haces tus donaciones regularmente, ¿verdad? Pero ese sentimiento no te abandona...

... y tal vez sea porque la noción de que todos tenemos la responsabilidad de cuidar de los desfavorecidos en la sociedad está profundamente imbricada en la mayoría de culturas. Casi todas las religiones consideran importante la obligación de dar limosna, de manera que no es sorprendente que casi se dé por sentado que es un deber moral. Naturalmente, esas leyes religiosas existieron antes de que existieran las instituciones de caridad o las subvenciones estatales, pero la idea de que es un pecado no dar a los mendigos persiste.

Karl Marx aduciría que los mendigos solían ser un asunto común a todos los lugares del mundo, pero el incremento de la prosperidad del mundo desarrollado ha hecho que solo esperemos verlos en los países más pobres, porque hemos forzado gradualmente al Estado a tomar responsabilidades en cuanto a los desfavorecidos. Te diría que

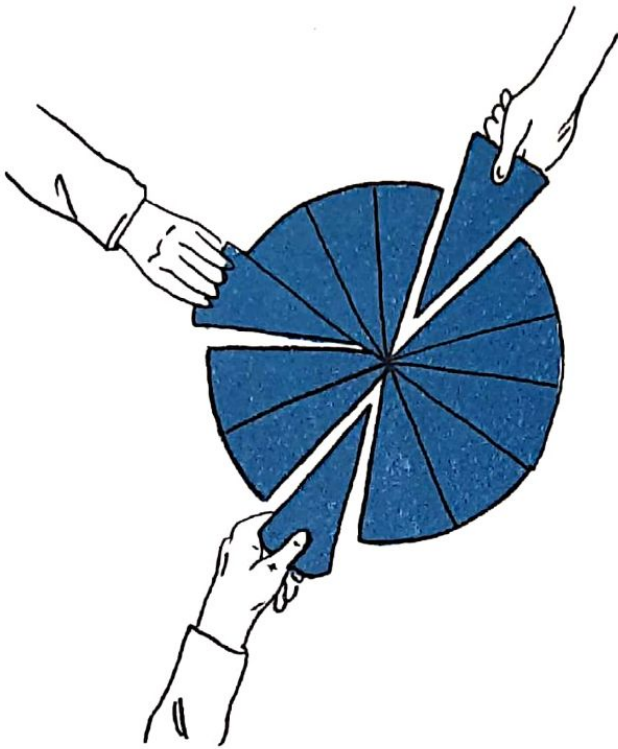
dejases de sentirte culpable y que te concentrases en enfadarte y en mantenerte en actividad. Te has fijado en la pobreza: ahora mira a la riqueza de tu alrededor. Para eso tienen que estar ahí los gobiernos, para asegurar una distribución justa de la riqueza del Estado, «a cada cual según sus habilidades,

Pregunta filosófica básica

¿Tenemos una obligación moral para ayudar a otros menos afortunados que nosotros? La ayuda social, ¿debería ser una responsabilidad colectiva, personal, o ambas cosas?

*«Dad a los pobres: os lo ruego, os lo aviso,
os lo ordeno, os lo mando»*

San Agustín



Hay suficientes recursos para todos, pero no se distribuyen equitativamente.

día no es mucho mejor, ni siquiera en los países más ricos, en donde sigue habiendo personas sin hogar, mendigos y personas que tienen que ganarse la vida en lugares como las saunas, o mediante la prostitución.

Puedes estar de acuerdo con Marx en que debería ser responsabilidad del Estado cuidar de los más necesitados de la sociedad, o en desacuerdo y decir que los gobiernos deberían fomentar a los creadores de riqueza, que entonces se implicarían en obras de caridad. No importa quién tiene que ser el que lidie con la pobreza: el sistema no funciona, y parece que Jesús tenía razón cuando decía «a los pobres los tenéis siempre entre vosotros». De este modo, ¿qué haces personalmente cuando te enfrentas a la miseria? ¿Te encoges de hombros, niegas cualquier responsabilidad y sigues adelante?

No, en absoluto, te diría **Peter Singer**. Él te pediría que pensaras en una situación bastante diferente para evaluar cuál es nuestro deber moral individual. Imagina que caminas por la orilla de un estanque y que ves a un niño que se está ahogando. Sabes que el agua solo te llega a la cintura, así que, ¿qué haces? Entrar y rescatarlo, claro. Pero llevas puestos los zapatos nuevos y caros. No hay tiempo que perder, no te los puedes quitar, así que te tiras. No te preocupes si se estropean, eso no es tan importante como la vida del chico. Y hora di, ¿habrías tomado otra decisión si por allí hubiera otras personas? ¿Un agente de policía, tal vez? ¿Seguirías tu camino con la

«Todos los días actuamos de maneras que reflejan nuestros juicios éticos»
Peter Singer

«En un mundo justo no cabría la posibilidad de la caridad»

Bertrand Russell

esperanza de que alguno de ellos lo rescatará? Es el trabajo del policía, ¿verdad? No, fuera como fuera, te tirarías. Pero ¿y si alguien sembrara la duda en tu mente y te dijera que el niño solo estaba fingiendo, que quería llamar la atención? ¿Correrías ese riesgo?

Más que probablemente reaccionarías igual en todos los casos. Pero ¿y si te hablara de un niño que se ahoga en un país lejano, al que podría salvar una organización caritativa, pero que necesita dinero para hacer su trabajo? ¿Pagarías el precio de un par de zapatos para salvar la vida de un niño? ¿O crees que dar dinero para obras caritativas es resolverle la papeleta a los gobiernos, que así no tienen que proporcionar las ayudas y los servicios que debería facilitar el Estado? Pero ya que no los proporcionan, ¿no deberías ayudar a esas organizaciones, si puedes?

Y cuando alguien te dice que la ayuda exterior pagada por tus impuestos se gasta en planes ineficientes y en burocracia, o peor, que se la embolsan los regímenes corruptos,

antes de quejarte ante tu gobierno, pregúntate si puedes estar seguro de que esto es así. No es más que una parte pequeña de tus impuestos, después de todo. Más cerca de casa, si todos los demás y tú pagarais los impuestos justos que os correspondieran, no tendrías el problema de esos mendigos en la calle que te hacen sentir culpable.

Ahora consideremos, diría Singer, a esa mendiga de la que hablábamos. Mírala y piensa en el niño que se ahogaba. Realmente, podrías darle para un café. De hecho, podrías darle lo que valen un par de zapatos: eso para ella sería una fortuna. Así que tal vez esté fingiendo, y lo que pasa es que no quiere trabajar. No puedes tener esa seguridad. Aun así, ¿qué más da, si se gasta el dinero que le das en tabaco y alcohol? Tampoco importa que haya por allí otras personas más ricas que tú, ni que la hayan abandonado los servicios sociales. Tu obligación moral individual es hacer lo que puedas. ¿O sigues pensando que la responsabilidad es de otro?

Toma una decisión

Te sientes culpable porque sientes que la sociedad de la que formas parte ha abandonado a esta mendiga. La cuestión es saber si o bien crees que Marx está en lo cierto y que la sociedad en su conjunto tiene que asumir la responsabilidad de asegurar que nadie acaba en la calle, o bien piensas que hay que dejar a las organizaciones benéficas y a los filántropos que lo organicen. O puedes identificarte con el argumento de Singer, según el cual todos tenemos la responsabilidad como individuos de hacer lo que podamos, dándole a los mendigos o financiando a las agencias que pueden ayudarlos.

¿Por qué debo ocuparme de todas las tareas domésticas? ¿No debería implicarse mi pareja?

Nietzsche • Sócrates • De Gouges • Wollstonecraft • Mill • Taylor • De Beauvoir
• Anderson • Foucault

Cualquiera que haya vivido con una persona del género opuesto sabe que la batalla de los sexos no se libra en las calles, ni en el puesto de trabajo, sino en casa. Aunque por tradición los hombres consideran las tareas domésticas como un trabajo de mujer, las mujeres señalan cada vez más la injusticia de esta categorización. El argumento de que los hombres son los que salen a trabajar, los que traen el pan, ya no vale. Pero no es solo una cuestión de justicia. Se trata de saber quién ejerce el poder en el hogar.



Esto podría parecer una simple cuestión de injusticia. Hay que cumplir con cierta cantidad de trabajo en el hogar, pero la responsabilidad para la pareja que lo ocupa no está dividida en pie de igualdad. Hoy en día es tan probable que una mujer salga a trabajar como que lo haga un hombre, así que no hay motivo para que el macho de la especie reivindique una exención de las tareas de menaje. El filósofo que osara contradecir este argumento tendría que ser muy original (y muy valiente).

Pero no siempre ha sido así. antes del siglo xx había que buscar mucho para encontrar a una filósofa, y el hecho de que realmente existieran dos sexos apenas pasaba por la cabeza de la mayoría de grandes (hombres) pensadores. Excepto, naturalmente, cuando se trataba de las tareas domésticas, así como para usos recreacionales. **Friedrich Nietzsche** resumió la actitud filosófica general hacia la hembra de la especie en *Así habló Zaratustra*, cuando describió a la mujer como «compañera de juegos» cuyo lugar

estaba o en el dormitorio o en la cocina. El único que podría haberse ocupado de un tema como las tareas domésticas fue **Sócrates**, pero no por ninguna razón filosófica profunda, sino porque su mujer Jantipa realmente llevaba la voz cantante, e incluso una vez vertió el contenido de un orinal sobre la cabeza de su marido. Con eso queda todo dicho. En cuanto al resto, debían esperar de sus mujeres que atendieran a sus deseos, además de asegurar el confort y la limpieza de sus casas. En ningún momento se les habría ocurrido que podían hacer cualquiera de esos trabajos humillantes, ni que las mujeres fuesen capaces (y merecer ya no digamos) de nada más.

Actitudes cambiantes

Durante gran parte de la historia, no es que se considerara a las mujeres ciudadanas de segunda clase, sino que no se las consideraba ciudadanas de clase alguna. Pero las cosas empezaron a cambiar durante la llamada Edad de la Razón, especialmente después de la Revolución Francesa. La gente empezó a hablar de los derechos de los ciudadanos y un par de mujeres valientes abordaron el tema de los derechos de las mujeres. Aunque no lo mencionaran específicamente, tanto **Olympe de Gouges** (1748-1793) en su *Declaración de los derechos de la mujer y la ciudadana* como **Mary Wollstonecraft** (1759-1797) en *Vindicación de los derechos de la mujer* habrían tomado partido con firmeza por el derecho de una mujer a volver a casa después de trabajar y encontrar que su pareja había limpiado, ordenado y cocinado para ella. Tal como era de esperar, dado su género.



Sócrates demostró que los hombres no siempre llevan la batuta.

Pero sería interesante fijarse en un hogar inglés victoriano, el de **John Stuart Mill** y su esposa **Harriet Taylor** (1807-1858) para ver hasta qué punto las actitudes habían cambiado. Como ardiente defensora de los derechos de la mujer que era, Taylor habría insistido en seguir su propia carrera antes de verse encadenada al fregadero de la cocina, pero su marido, de manera interesante, se hubiera mostrado complacido en aceptar. Aparte de que se lo considerara un caballero inglés y un filósofo importantísimo de Gran Bretaña, también hizo campaña por los derechos de las mujeres, e incluso sugirió en el parlamento que debían concederles el derecho a voto. El título de su ensayo, «La sujeción de la mujer», da una idea clara de qué opinión le merecía la sumisión de las mujeres a los hombres.

Al tiempo que el movimiento de los derechos de las mujeres cobraba intensidad, con la lucha por el derecho a voto la batalla

Pregunta filosófica básica

Los hombres y las mujeres ¿tienen realmente los mismos derechos? La igualdad de géneros ¿va más allá de los derechos legales? ¿De qué maneras las personas ejercen el poder sobre las demás?

se hizo muy pública, y hasta cierto punto los aspectos domésticos se obviaban o se trivializaban. No te preocupes por quién gestiona el hogar, dirían las sufragistas, preocúpate por quien gobierna el país. Pero con el feminismo de segunda ola, después de que se ganara la batalla por la ciudadanía, la lucha por el verdadero reconocimiento siguió en todos los frentes. Las mujeres querían la igualdad en el puesto de trabajo, y en casa también. Inspiradas por *El segundo sexo*, de **Simone de Beauvoir**, las filósofas feministas identificaban todo tipo de circunstancias en las que las mujeres seguían siendo oprimidas. No cabe duda de en qué lado se colocarían si la cuestión se redujera al debate sobre la atribución de las tareas domésticas. Y esta vez los hombres se veían obligados a tomar nota, aunque con desgana. Las costumbres masculinas del pasado se erosionaban

gradualmente y abrían el camino al «hombre nuevo», el feminista masculino, que apareció a finales del siglo XX, y que llevaba su delantal y manejaba el aspirador con orgullo.

Un mundo de hombres

Sin embargo, se hacía evidente que las mujeres, a pesar de los progresos, seguían recibiendo un trato injusto comparado con el de los hombres. La dominancia del hombre está tan interiorizada que penetra en casi todos los aspectos de la vida y en nuestras ideas sobre el mundo. Tal como lo expresaba la filósofa estadounidense **Elizabeth S. Anderson** (n. 1959), estas ideas «reflejan una orientación diseñada para intereses típicamente masculinos o para vidas típicamente masculinas». Podría estarse refiriendo a las tareas del hogar.

Pero aludía a algo más que al trabajo del hogar, e incluso más que al sometimiento de un sexo por otro. El erudito francés **Michel Foucault** dirigiría su mirada hacia algo tan aparentemente nimio como el argumento de las tareas domésticas y te diría que no es una simple disputa doméstica, ni tan solo un episodio de la guerra de sexos, sino que se trata de la naturaleza del mismo poder. El poder, según Foucault, no es algo que alguien posee, ni algo que pueda darse o tomarse, sino que existe por cómo se ejerce. No se trata siquiera de forzar a alguien a comportarse de un modo determinado, pues este tipo de dominio solo incrementa la resistencia. De hecho, pocas veces consiste en la

«Puede darse una liberación total del poder, sobre todo en relación con las políticas de la sexualidad»

Judith Butler

*«Dios creó a la mujer. Y en realidad en ese momento
acabó de aburrirse, pero muchas otras cosas acabaron también.
La mujer fue el segundo error de Dios»
Friedrich Nietzsche*

imposición de reglas por una facción. Más a menudo es una batalla silenciosa, en la que un bando logra la hegemonía.

¿A qué se refiere Foucault con eso de «hegemonía»? te puedes preguntar. Bien, es una forma de dominio, de subyugación, pero arrastra consigo la idea de que el poder dominante ha obtenido el consentimiento pasivo de la persona a la que se subyuga. Y las tareas del hogar nos proporcionan un ejemplo en clave de microcosmos de cómo puede pasar. El hombre lleva ejerciendo el poder sobre la mujer desde hace mucho tiempo, ya de manera abierta, forzándola a permanecer en casa y ocuparse de ella, o más sutilmente, impidiéndole construirse una vida fuera del hogar y presentando esta situación como una norma cultural.

Por un proceso de desgaste se puede conseguir que una mujer acepte que es su obligación organizar la limpieza, y lavar, y hacer la colada, y la compra, y la comida. En una hegemonía como esta, no hay necesidad de obligación en el ejercicio del poder.

Pero ahora las mujeres, especialmente el número cada vez mayor de ellas que han conseguido romper los estereotipos, también pueden ejercer presión sobre sus parejas masculinas. Existe la posibilidad de resistencia, una retirada del consentimiento a ser oprimida, mediante la retirada del trabajo. El proceso de desgaste suele ser similar: el hombre que se enfrenta a una casa desordenada y sucia puede verse obligado también a hacer su parte del trabajo, y una vez que el precedente se ha establecido, se convierte en la norma.

Toma una decisión

Depende de qué género seas... La mayoría de los filósofos han sido hombres que simpatizarían con la idea de Nietzsche de que las mujeres están ahí para atender las necesidades de los hombres. No todos, sin embargo, y Sócrates, Mill y otros advocarían por una distribución más justa de las tareas del hogar. Y si eres una mujer, es más que probable que coincidas de pleno con De Gouges, Wollstonecraft, Taylor, De Beauvoir, Anderson y todos los filósofos feministas en que los hombres deben cumplir con su parte en el hogar, y de que las mujeres no deben ser subyugadas. Sea cual sea tu género, coincidirás con Foucault en que este asunto es un microcosmos de cómo se ejerce el poder de un grupo sobre otro.



«No se nace
mujer. Se llega
a serlo»

Simone de Beauvoir